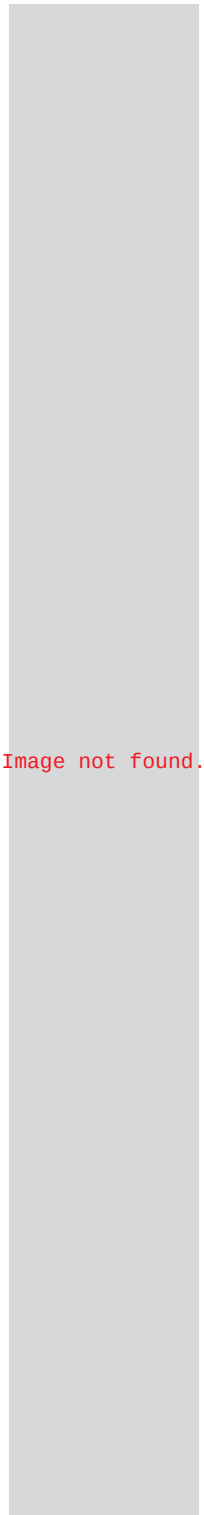
Pieces of me

Cristina M.



Capítulo 1

Pieces of me

1. Columpiándonos
2. La caja de música
3. Que se pare el tiempo
4. Juego de Halloween
5. La isla
6. Barras y estrellas
7. The demons in your head
8. Verdades ocultas
9. Come closer
10. Undisclosed desires
11. Cuando llegaste a mi
12. Ahora
13. Clover

Capítulo 2

1. Columpiándonos

No había nadie, ni siquiera se oía el ruido del viento entre los árboles, ni el sonido del columpio al moverse. Se notaba que aquel patio echaba de menos a sus niños. El mes de agosto daba por fin paso a setiembre. Era el primer día del curso y Beatriz, la profesora de inglés, estaba ansiosa por volver a la rutina de sus clases. Ya tenía preparadas las primeras horas del día y tenía ganas de ver a los niños. El verano había sido horriblemente aburrido. Entre las solitarias paredes de su apartamento las horas se le hacían cada vez más largas, pero lo que más la atormentaba era el recuerdo de aquellos brazos que un día la abrazaban con cariño. "Tengo que olvidarle", se decía una vez tras otra, más no podía dejar de pensar en esos labios carnosos y esa mirada tan dulce. Enamorarse nunca debería estar mal.

Beatriz se había levantado más puntual que nunca y a las ocho ya estaba en el colegio. Buscó entre los pasillos, en las aulas, en la sala de profesores, e incluso en el patio. Pero no le encontró. Pensó que sería mejor así, y tras saludar a algunos de sus compañeros se metió en el aula.

Al terminar la clase, y después de un breve descanso y un muffin de chocolate, Beatriz consiguió pasar parte de la mañana sin pensar mucho en Carlos. Le tocaba vigilar el patio, así que sacó un café de la máquina de la sala de profesores y fue hacia allí.

Las niñas más habilidosas se colgaban boca abajo de las barras, algunos niños corrían entusiasmados y otros intercambiaban cromos en silencio.

Beatriz se apoyó en una de las columnas del porche ya que desde ahí podía ver todo el recinto. Le dio un sorbo a su café y se metió el pelo detrás de la oreja. Estaba de mal humor. ¿Para qué se había esmerado al elegir su vestimenta para hoy? ¿De qué le servía ir perfecta? De todas maneras, él no estaba allí. No la había echado de menos en todo el verano. No le había enviado ni un mísero mensaje.

"Beatriz", le dijo una voz grave. Era él, sin ninguna duda.

Se giró tranquilamente aunque por dentro estaba nerviosa, y tenía ganas de abrazarle, pero no lo hizo.

"Carlos", contestó. "Vaya, hacía meses que no te veía, ¿cómo ha ido el verano?" Intentó sonreír aunque le salió un gesto raro. No sabía muy bien

qué decir.

“Bien, ya sabes. –hizo una pausa- Fui a Berlín con los niños”, dudó un poco y al final añadió “y con Ana”

Le vi mirando al suelo, no se sentía bien hablándome de ella.

“Eso es genial”, le dije y miré hacia un grupo de niñas que cantaban y saltaban a la comba.

“Pero te he echado mucho de menos”, dio un paso hacía mi y acercó su mano a la mía.

“Carlos, estamos en el patio. Están todos aquí”, contesté. Nos miramos fijamente y me bañe en esos ojos verdes que tanto me gustaban y que me atraían a él.

“Quiero que sepas que no hay un solo día en el que no me haya acordado de ti”, dio otro paso y se apoyó con un brazo en la columna frente a mí. Estábamos muy cerca.

“No me has escrito”, le dije mordiéndome el labio. Él acercó su cara a la mía todavía más.

“Sabes que no podía”, contestó mientras me acariciaba la mejilla.

“No te creo”, le dije apartándole la mano. Le estaba picando, sabía que no podía enviarme mensajes pero aun así me molestaba.

Se revolvió el pelo y me puso una mano en la cintura, atrayéndome a él, estaba impecable, su perfume me estaba nublando la mente y sus ojos recorrían cada parte de mí. No podía aguantar más. Noté demasiado silencio en el patio y me di cuenta de que no había nadie a nuestro alrededor.

“¿Dónde están los niños?, pregunté asustada.

“Los niños están en clase, ya ha sonado el timbre”, sonrió. “¿No te has dado cuenta?”

“¿Tienes clase?”, dije ignorando su pregunta.

“Estoy libre”, contestó.

Me cogió de la mano y en silencio me llevó hacía el cuarto donde se guardaban los cachivaches de Educación Física. No me resistí. La zona estaba desierta, había esperado a volver a encontrarme con él todo el verano. Le deseaba. Me besó mientras me apremiaba hacía él con todo su

cuerpo. Cerró la puerta de una patada, sin despegar sus labios de los míos.

Capítulo 3

2. La caja de música

Haciendo uso de su pequeña mano y sus finos dedos, la niña de pelo azabache con trenzas le agarra el cabello a la niña de cabello rubio y tira con fuerza. La niña rubia se revuelve e intenta zafarse del agarre de su hermana quien sigue estirándole fuertemente del cabello.

"¡Mamá! ¡Mamá!" grita con lágrimas en los ojos. "¡Telma me está estirando del pelo! ¡Mamá!"

Se oye un chasquido y se abre la puerta de la habitación. Entra una mujer de semblante pálido y vestido negro. Esta se abalanza sobre las niñas e intenta separarlas.

"¡Suelta a tu hermana de una vez, Victoria!" le dice a la niña de las trenzas mientras la coge firmemente del brazo. "¡Siempre estamos igual! ¿Es que nunca vais a dejar de pelearos?" les grita a las niñas.

Telma mira al suelo mientras le cae una lágrima por la mejilla, y Victoria mira fijamente a su madre con cara de pena.

"Ha sido Telma, no quería dejarle la caja de música y cuando la escondí me empujó y me empezó a tirar del pelo, mamá. ¡Me ha hecho daño!" Victoria se lleva una mano al pelo rubio y se acaricia la cabeza.

"¿Es eso cierto, Telma?" le pregunta a la niña que sigue mirando al suelo en silencio. "Os he dicho que debéis compartir los juguetes, ¡No os pienso regalar ninguno más hasta que aprendáis a comportaros!"

Victoria frunce el ceño y mira a su madre con gesto incrédulo. "Pero Mamá, de aquí nada es Navidad y…"

"¡Me da igual! ¡Se acabó!" grita la madre. "Victoria a tu cuarto. Telma castigada sin cenar" tras dictar sentencia la madre sale de la habitación dando un portazo.

Victoria mira a su hermana con una sonrisa en la cara y empieza a reír. Telma levanta la vista y la mira con odio, pero no hace nada. Siente rabia en su interior, Victoria siempre se sale con la suya, todo el mundo la adora, siempre convence a mamá con sus ojos de cachorro.

"Mírate ahí llorando como un bebé, eres patética" le dice a Telma con amargura. "Ni siquiera mamá te quiere. Sobras en esta familia."

“¡Tú eres quién sobra!” le grita Telma sollozando y cruzándose de brazos.

Victoria frunce el ceño y se acerca a su hermana.

“Ten cuidado con lo que dices o haré que desaparezcas para siempre” amenaza a su hermana. Telma la mira fijamente pero ya no llora, se ha hecho pis encima.

Es la hora de dormir, Victoria está ya en su habitación, metida en la cama y entre las sábanas escucha esa melodía otra vez. La caja de música suena desde su escritorio. ¿Quién la ha abierto? Las finas notas salen afiladas de la caja, crujen y desafinan, y una tras otra van entornando esa melodía que la lleva a un estado de trance. No siente nada. Está como dormida, pero en realidad no lo está. Se siente como flotando. Puede pensar, pero no siente el peso de su cuerpo, ni su propia respiración. En ese momento se acuerda de la anciana de cabello gris que en aquel rastrillo le vendió su cajita de música.

“No se la des a nadie” le dijo la anciana. “La caja es mágica, y te protegerá de quién te quiera hacer daño”.

La melodía sigue sonando y Victoria cree que está soñando cuando se sienta en el borde de la cama. Se levanta y vestida con su camisón coge su almohada de una punta y la arrastra consigo hacia la puerta de la habitación. Fuera está oscuro, todos duermen, la leve melodía de la caja de música no les ha despertado.

Con paso firme Victoria cruza el pasillo de parqué lentamente, arrastrando su almohada. Camina con la mirada perdida. No sabe a dónde va pero sus pasos avanzan con decisión. Ve la puerta de la habitación de su hermana y sin dudarlo, gira el pomo. Telma esta boca arriba, todavía despierta pero con los ojos cerrados. De repente se escucha un ruido sordo, y al abrir los ojos se encuentra una figura delante suyo, se queda petrificada, sus instintos le dicen que grite pero no puede. La melodía de la caja de música sigue colándose por las paredes.

“No temas, esto acabará pronto”

Victoria se abalanza encima de Telma y le da con algo pesado en la cara. Ahora Telma intenta gritar pero su voz es ahogada por la almohada, grita tan fuerte como puede pero su voz no se escucha, patalea y forcejea pero su hermana es más fuerte. Victoria aprieta la almohada contra su hermana, y la nota debilitarse por segundos. Entonces algo le da en la cara, el vaso de agua de Telma la golpea en el cráneo. La niña cae de espaldas en el suelo, pero no siente dolor, solamente oye la música.

Telma la coge del cuello y grita “¡Te odio, te odio!” pero Victoria se zafa de su abrazo. Las niñas forcejean y dan vueltas por la habitación, dándose

golpes y tirándose del pelo. Telma se revuelve y cogiendo unas tijeras del bote de bolígrafos, espera a que su hermana se eche encima de ella y se las clava en el cuello.

Victoria grita de dolor. La melodía deja de sonar. Telma se queda en el sitio, no puede creer lo que acaba de hacer.

“Lo pagarás” susurra Victoria cayendo al suelo con un ruido sordo.

El cuerpo de su hermana yace tranquilo ahora con las tijeras todavía clavadas mientras un charco de sangre empieza a cubrirle los zapatos a Telma. Entonces, entra la madre que gritando, se dirige al cuerpo vacío de su hija y la abraza mientras llora.

Telma sentada en el coche de policía sabe que nunca más volverá a ver a su madre.

“Cuidado, esa niña está loca” le dice un policía a otro. “Pasará el resto de su vida encerrada en el psiquiátrico”

“Yo no estoy loca” susurra la niña.

Capítulo 4

3. Que se pare el tiempo

Ese día decidimos ir al circo, sin ningún motivo, simplemente vimos un anuncio y allí nos dirigimos, quizás para relajar las tensiones que sentíamos el uno con el otro, o tan solo para romper con la rutina. La verdad es que tras todo este tiempo se podría decir que nuestra relación era sinónimo de perfección, todavía notaba ese cosquilleo en el estómago al mirarle, ese brillo en su mirada cada vez que ponía sus ojos en mí, y esas ganas de vivir y compartirlo todo con él. Dicen que los desacuerdos entre parejas son muy comunes y que son un signo de amor. Más que las peleas, las reconciliaciones. Siempre y cuando puedan llegar a producirse.

Me prometí intentar no pensarlo y dejar que surgiera solo. Fuimos dando un paseo. Durante el camino no sabía qué sería más oportuno si cogerle de la mano o no. Es curioso como después de conocer a una persona durante tanto tiempo, en algunas situaciones puede parecerte un extraño. En un impulso decidí hacerlo, y después del distanciamiento de ayer, sentir sus dedos entrelazarse con los míos fue como un calmante que me alivió enseguida. Aún no nos habíamos dirigido la palabra, y parecía que la tensión podía cortare con un cuchillo. Supongo que el también lo notó, porque al final me dijo:

— ¿Tienes ganas de ir al circo? — Intentando sonar con normalidad contesté:

— Sí, la verdad es que me apetece mucho.

— Genial. — Contestó Gabriel sin mirarme.

Fue como si me clavaran una espina, así que intenté sacar un tema de conversación para no volver a escuchar el silencio entre nosotros.

— Hay gente en contra de los circos, dicen que es como una cárcel de animales, pero no sé, también tiene una parte nostálgica que te lleva a recordar tu infancia, ¿no te pasa?

Gabriel me miró de una manera que nunca antes había visto, como si no entendiera por qué le había preguntado eso. Como si no me conociera.

— La verdad es que no. — Miré al suelo. Esto no iba a resolverse con facilidad. Mi cabeza iba a mil por hora, buscando algo que decir o hacer para acabar con esto de una vez.

Giramos la esquina y vi un puesto de comida, así que me acerque a comprar unos cacahuetes, fue un impulso, ya que no tenía hambre, ni me apetecía comer nada. Gabriel me esperó unos metros alejado del puesto, cuando me acerque a él noté la frialdad con la que me miraba y también me di cuenta de que no me volvió a coger la mano.

Nos dirigimos a la entrada del circo, donde afortunadamente no había cola, iba comiéndome los cacahuetes para excusarme por no hablar. Gabriel pidió las entradas y las pagó sin decir nada. El lugar estaba lleno de gente, familias con sus niños, parejas, y grupos de gente. No pude evitar sentir una punzada de envidia al ver a una pareja que se hacía fotos en el móvil y reía entre besos y abrazos. Miré a Gabriel. Estaba mirando su teléfono móvil.

— Es por aquí— Le dije. Sin decir palabra me siguió por los pasillos hasta que encontramos nuestros asientos, menos mal que no nos tocó cerca de aquella pareja. Creo que no habría sido capaz de aguantar sus arrumacos durante todo el espectáculo.

Nos sentamos uno al lado del otro, estábamos rodeados de gente que hacía fotografías sin parar, se oía mucho ruido y risas. Saqué el móvil para mirar la hora. Las 17.50h. Todavía quedaban diez minutos hasta que empezase el show. Los diez minutos más largos de mi vida. Sentí un nudo en el estomago, tenía ganas de girarme y gritarle. Decirle que dejara de ser tan testarudo y que olvidase lo que había pasado. Quería besarle también, abrazarle, despeinarle, tirarme a su cuello. Sentía rabia y pasión, sentía que no podía dejarle ir, que tenía que estar con él. Cada vez que le miraba, me fijaba en la forma de su nuez, en su barbilla puntiaguda, en la curva de sus labios. No podía. No quería separarme de él. Sin embargo, no hice nada. No me moví de mi sitio. Intenté no mirarle, ni hablarle. Así que pasamos el tiempo observando a la gente y fingiendo que mirábamos algo con mucho interés en nuestros móviles.

A las 18.05h empezó el show, no pude evitar una sonrisa cuando escuche la música del circo, salió el presentador, que con un par de chistes nos hizo reír, algo que agradecí ya que me hizo relajarme un poco y acercarme a Gabriel. Creo que había estado conteniendo la respiración. Le miré y noté que él también se había relajado y sonreía. En ese momento giró la cabeza y me miró a los ojos. Fue como si intentara decirme algo. Y noté ese cosquilleo otra vez. Iba a acariciarle la mejilla cuando el presentador anunció el comienzo del espectáculo, y mi momento se desvaneció.

El espectáculo continuó y note como Gabriel me ponía el brazo sobre los hombros, también intercambiamos algunas palabras. Uno a uno, vimos como actuaron los trapecistas, los cuales saltaban y se colgaban del techo como si no existiera el miedo a caer, lo hacían con tanta facilidad… Me reí mucho con el show de las focas y de los elefantes. ¿Cómo podían

balancearse esos animales que pesaban toneladas con tanta gracia? No sé si ir al circo fue como una especie de terapia que nos alivió a los dos, pero salí renovada.

Quizá fue por la magia del ambiente, por ese momento al acabar el espectáculo del fuego, cuando Gabriel me acarició el pelo, y metiéndomelo detrás de una oreja, me miró a los ojos, sonrío con ternura y me dijo:

— ¿Sabes que, Laura? Eres la persona más complicada, e irritante que conozco. Y estás loca. Pero aun así eres la única que consigue hacerme feliz, por algún motivo o por muchos. Y te quiero. — Me quedé petrificada, y él acercó sus labios a los míos.

Me besó como nunca me había besado, y fue un beso que consiguió que se me erizara el bello, en aquel momento el circo desapareció y solo existíamos él y yo, yo y él. Fue como un primer beso, lleno de ilusiones y esperanzas. No sé cuál fue el motivo que le llevó besarme en ese momento, lo que sí que sé es que me encantó y que sonreí mientras me besaba cogiéndole de la nuca, acercándole aun más a mí. Ahora éramos nosotros la pareja cursi. Y me encantaba serlo.

Capítulo 5

4. Juego de Halloween

"¡Yo no pienso ir ahí!" dijo Miriam cruzándose de brazos.

"Sois unos cagados" contesté. "Os acojonáis por unos de tíos disfrazados con escobas y máscaras"

"Yo quiero ir" dijo Claire que estaba mirando su móvil.

"Menos mal, una valiente" suspiré abriendo la puerta del bar.

Y ahí estábamos dos días después, la noche del 31 de octubre haciendo cola para entrar al famoso pasaje del terror. Había bastante gente en el lugar, jóvenes en grupo, y algún que otro borracho. Solo aceptaban grupos de cinco personas y los demás tenían que esperar a que salieran los del grupo anterior para entrar. Éramos los siguientes, y cada vez aumentaba más la expectación.

"Vosotros cuatro, ¿vais juntos?" nos dijo el recepcionista zombi. Claire asintió con la cabeza, a lo que el portero replicó. "Solo grupos de cinco"

"Podemos ir con ese chico de allí" dijo Travis señalando a un chico delgaducho.

"Espabilando" soltó de sopetón el recepcionista.

Los cinco entramos lentamente y el zombi cerró la puerta detrás de nosotros. Oí un ruido de llaves. Estábamos encerrados.

"Marcus está cagado" rió Travis.

Íbamos todos juntos, las chicas nos cogían de la mano. Fuimos avanzando por un pasillo oscuro. No habían paredes, todo eran rejas. Veía sombras por los rincones, había gente aguardándonos. Claire gritó al darle un susto una mujer poseída, y a Travis alguien le cogió del tobillo al girar una esquina. Llegamos a una sala dónde apareció un hombre con una máscara un tanto siniestra, llevaba una motosierra. Iba vestido de payaso pero la máscara parecía una cabeza de cerdo.

"¡Ostia!" soltó Miriam que iba la primera. "¡Qué susto me ha dado!" rió.

El hombre dio un paso al frente.

“Vais a morir” dijo con voz distorsionada.

Miriam se puso seria de repente e intento acercarse a Claire que iba detrás de ella, cogiéndola del brazo. Mientras íbamos retrocediendo el hombre cerdo encendió la motosierra de un tirón. Me quede petrificado en el sitio, oí gritos a mi alrededor y la luz empezó a parpadear. El hombre se acercó a Miriam y ella gritó. Travis cogió a Claire, tapándole los ojos. El hombre empuñando la motosierra se dirigió a Miriam y antes de que pudiéramos darnos cuenta le clavó el aparato en el estómago. Me agaché y vi medio cuerpo de mi amiga desplomarse a mi lado.

“¡Hay que salir de aquí!” grité por encima del ruido. Cogí a Claire de la mano y fui hacía una puerta. Travis nos siguió. Había luz en la sala, que estaba llena de camas.

“¡Miriam está muerta!” gritó Claire mientras rompía a llorar.

“Tiene que haber una salida” dijo Travis. “¡Esto no es normal!”

Se apagó la luz y empezó a sonar una música muy tétrica, Claire dejó de sollozar. Algo se movió. Entonces me di cuenta de que no había vuelto a ver al chico de la cola que había entrado con nosotros.

“Era un gancho…” susurré entre dientes.

Se oyó el ruido de una reja al abrirse.

“¿Qué ha sido eso?” preguntó Claire tirándome de la camiseta.

“Shhh” le dije llevándome el dedo índice a los labios.

Entonces Travis empezó a gritar y se encendió la luz. Dos figuras altas le cogían de los brazos y una tercera que estaba cerca de ellos se acercó a él.

“¡Soltadme!” gritó Travis, pero los hombres le sostenían firmemente.

La tercera figura, vestida de arlequín sonrió. Giró la cara y me miró fijamente. Era el chico de la cola, reconocí esa mirada perdida y su delgada figura. Tenía un mazo entre las manos. Entonces reaccioné. Solté a Claire y me abalancé encima del arlequín. Pero fue demasiado tarde, el mazo le dio a Travis en la cabeza dejándole un gran agüero en el cráneo. Grité sin poder hacer nada más y una de las figuras me atrapó. La otra había cogido a Claire. Forcejeé pero no pude zafarme de él. Nos ataron a cada uno en una cama, estábamos sujetos con grilletes. No podía parar de gritar, Claire imploraba que la dejaran marchar mientras el hombre del mazo se acercaba a ella. Dejó el mazo en un rincón y en su lugar cogió un

cuchillo de carnicero y se subió encima de Claire.

Antes de cerrar los ojos vi como se lo clavaba en el cuello. Las figuras rieron mientras mi amiga se desangraba. Sentí como me ponían una cuerda alrededor del cuello, y uno de ellos empezó a girar una manivela.

Poco a poco, se me escapaba el aire de los pulmones mientras la cuerda se tensaba.

Capítulo 6

5. La isla

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. Aquello no parecía real. Estaba yo estirado en la arena cuando apareció aquella mujer de la nada. Cayó del cielo cual hoja que cae del árbol. Entonces reaccioné y fui hacia ella.

"¡¿Dónde estoy?! ¡¿Quién eres?!", dijo ella gritando.

"¿De dónde has salido? ¿Cómo has llegado hasta aquí?¡Has caído del cielo!", le pregunté sorprendido llevándola hacía mi hamaca.

"Me llamo Ingrid, y no sé cómo he llegado hasta aquí, no recuerdo nada", me miró fijamente. Tenía unos ojos azules preciosos, tan cristalinos como esa agua que llevaba tanto tiempo observando en soledad.

"Por favor tienes que acordarte", contesté de sopetón sacudiéndola por los hombros.

"¡Suéltame! ¿Quién eres tú?", preguntó espolsándose la arena de la ropa.

"Me llamo… Henry", dije un poco dudoso. Ya casi no recordaba quien era.

"¿Cómo has llegado aquí?".

"No… no lo sé", las palabras salieron de mi boca sin darme cuenta. "Llevo aquí tres años, dos meses y cinco días"

Ingrid puso gesto de preocupación. Frunció el ceño, extrañada.

"Cada vez que se pone el sol, lo apunto en esa roca con una piedra", le dije señalando con el dedo. "Así controlo el tiempo que llevo aquí sin volverme loco"

"Es… espantoso", repuso ella sentándose en la arena.

"No sé como llegué aquí, me fui a dormir y al día siguiente aparecí en la arena, igual que tu", expliqué. "He explorado esta isla de cabo a rabo, no hay nadie más", añadí.

Me estiré en la arena dorada. Tres años esperando que ocurriera algo y ahora, nada había cambiado. Las preguntas se acumulaban en mi cabeza, pero no podía hablar. Intenté relajarme, y entonces lo oí.

“Otra vez”, susurré incorporándome.

“¿Qué pasa?”, preguntó Ingrid dando un brinco.

“Los monos”, escuché atentamente el sonido de los arboles agitándose, miré hacia la selva y los vi. “¡Corre!”.

Agarré a Ingrid de la mano y empecé a correr. Aquellos monos habían venido a por mí. A matarme. No sabía porque no me dejaba, pero no me rendía. Corrimos por un camino que llevaba a lo más alto de la isla, esperaba que se cansaran como habían hecho otras veces y se fueran.

Seguimos corriendo pero el camino parecía alargarse cada vez más y entonces vi una cuesta que nunca antes había visto allí. Seguí corriendo y tirando de Ingrid, estaba muy cansada y me estaba haciendo ir más despacio, ya casi teníamos a los monos encima.

“¡Vamos!”, le dije a Ingrid “¡Tienes que correr más!”.

“¡No puedo!”, gritó por encima del ruido de los monos. Tiré de ella y conseguí que avanzara pero entonces se resbaló y cayó al barro.

Volví atrás a buscarla y tiré de su brazo. Estaba atrapada en unas arenas movedizas, busqué un tronco o algo para que se cogiera y encontré uno cerca del barro, se lo lancé y una vez agarrada a él tiré con todas mis fuerzas. Conseguí sacarla a trompicones y una vez fuera se estiró en la arena respirando con fuerza.

Levanté la vista y los monos estaban allí, parados. Mirándonos. “Oh, no”, susurré. Miré a mí alrededor y vi un tronco pequeño pero lo suficientemente fuerte. Los monos estaban enfadados y el más grande dio un grito y se abalanzó sobre Ingrid.

“¡No!”, grité tirándome sobre él y dándole con el palo, conseguí tirarlo al suelo. Ingrid gritó, tenía a otro mono encima de ella y se cubría con los brazos.

Me abalancé sobre aquel mono que estaba de espalda y le clavé el palo en los pulmones. El mono gritó y cayó hacía delante, muerto. Ingrid se apartó, mirándome asustada.

“Gracias”, me dijo.

Los otros monos empezaron a huir. Nos quedamos solos.

Entonces apareció una luz en el cielo, algo se acercaba. Era una especie

de avión. Hubo un rayo de luz y de repente estábamos dentro.

"¿Qué es esto?".

A mi alrededor un montón de ordenadores y gente vestida con unos trajes azules.

"¿Quiénes sois? ¿Qué hago aquí?", grité agitado, estaba atado de pies y manos y no veía a Ingrid por ningún lado. Un hombre vestido de blanco se acercó a mí.

"Señor Lane, tranquilícese". Se sentó a mi lado. "Ha sido usted producto de un experimento. Nos complace comunicarle que acaba de demostrar que no todo está perdido, aun hay esperanza para la re-humanización de los humanos. Esperamos que esto sea el principio de un nuevo mundo en el cual los humanos vuelvan a recuperar la compasión, el sacrificio y el amor por los demás. Gracias."

Capítulo 7

6. Barras y estrellas

Las gotas de lluvia repicando en la ventana no me tranquilizaban en absoluto. Me quité la manta de encima y fui descalza hacía la cocina. El suelo de parqué estaba frío y crujía bajo mis pies. Solamente llevaba una camiseta vieja encima, un poco grande para mí, y la ropa interior. Abrí la nevera y cogí el cartón de leche. Estaba demasiado distraída como para buscar un vaso limpio en mi cocina, así que bebí directamente de la botella.

No podía dormir.

Sus recuerdos inundaban la casa, que ahora se sentía totalmente vacía y sin vida. Decidí salir al balcón a que me diera un poco el aire, y me senté en la tumbona donde tantas veces habíamos compartido historias y risas. Noté un nudo en mi interior. Me pesaban los párpados, pero no podía descansar. Mis pensamientos estaban en él, y no podía dirigirlos hacía ningún otro tema. No sabía que pensar ni como sentirme. No estaba furiosa, ni siquiera estaba enfadada.

Había vaciado la casa, en un desesperado intento de olvidarme de él. Pero nada funcionaba. Quizás todavía era muy pronto, necesitaba más tiempo para rehacer mi vida. Al fin y al cabo, todo fue fácil para él que ya tenía a otra esperándole.

Odiaba toda esta situación, que él siempre hubiera sido tan bueno conmigo, y que todo hubiera sido tan perfecto. No tenía ningún motivo para odiarle, pero eso no mejoraba la situación. Ni siquiera después de dejarme por otra podía odiarle, no podía echarle nada en cara, porque lo había hecho bien, había hecho las cosas bien. Y odiaba no poder odiarle por algo.

Pensando en todo y en nada a la vez, me senté en el sofá y me acurruqué entre cojines con una manta. No quería ir a la habitación, demasiadas cosas habían pasado allí, así que cerré los ojos y me quedé dormida.

Me despertó el sonido del móvil, distinguí por el tono de llamada que era Rebeca, lo cogí frotándome los ojos, mientras miraba el reloj de la pared. Las doce y media.

"Hola, Rebe", dije volviendo a cerrar los ojos.

"Siento haberte despertado, pensaba que ya estarías despierta", contestó

Rebeca.

“Tranquila, me he despertado hace un rato, pero me he vuelto a dormir”, mentí. “¿Qué pasa?”, le pregunté sentándome en el sofá. Había dormido en mala posición y me dolía la cabeza.

“Me ha llamado Sara y hemos quedado en el Café de siempre para tomar algo, ¿te vienes?”, contestó risueña. Se oía el ruido de la calle por el auricular.

Dudé un poco, no había hecho desde hace unos días y me apetecía salir, pero me daba una pereza increíble vestirme y peinarme. Podía hacerme una coleta rápida, y ponerme cualquier cosa. No hacía falta maquillarse.

“De acuerdo, en cuanto me arregle voy para allí, esperarme dentro”, le dije caminando hacía el cuarto de baño.

“No tardes, ¡un beso!”, dijo Rebeca y colgó.

Me lavé la cara y los dientes rápidamente y me hice una coleta alta. Me quedó bastante mal pero no importaba. Me vestí con lo primero que pillé, unos tejanos y una sudadera, y me calcé las botas.

Salí pitando de casa y al pisar la calle me agobie un poco, había mucho ruido y gente. Respiré profundamente y me dirigí al Café donde había quedado con las chicas.

Cuando entré ellas ya estaban sentadas, me acerqué y me senté en el hueco que me habían guardado, saludando.

“Perdonad por el retraso, me he quedado dormida en el sofá”, dije.

“No pasa nada, hemos pedido por ti, café con leche y croissant, como siempre”, dijo Rebeca.

“Da gusto tener amigas así”, reí.

Me di cuenta del tiempo que hacía que nada me hacía sonreír. Necesitaba estas distracciones. El camarero llegó con nuestro almuerzo y lo dejó en la mesa. Le eché azúcar a mi café con leche. Rebeca estaba genial, era morena y de ojos claros, llevaba una trenza de lado y un vestido. Sara era un poco más bajita y tenía el pelo corto, mientras le daba un mordisco a su bocadillo me dijo:

“Hacía mucho que no te veía, ¿Cómo estás?

“Bueno, he tenido épocas mejores, ya sabes”, le di un sorbo al café. “Pero

lo voy superando", añadí.

Ella me miró, y miró de reojo a Rebeca.

"Te veo mucho mejor que la última vez, de verdad", me dijo.

Levanté la vista, no sabía si lo decía en serio o quería hacerme sentir mejor.

"El otro día les vi cruzando la calle", dije. "Parecían felices". Sentí como si me clavaran algo.

"Venga ya, lo que te ha hecho ese tío no tiene nombre", soltó Rebeca.

No quería darle vueltas al tema, no quería criticarle.

"Simplemente se enamoró de otra, supongo que yo no supe retenerle." Removí el café con la mirada fija en la mesa.

"Estoy segura que él ya tenía a esa tía en el bote, no puede ser que te deje por otra sin que haya pasado algo ya con ella", dio un golpe en la mesa.

"No estaban juntos antes de dejarla, te lo puedo asegurar", intervino Sara.

"¿Por qué estas tan segura?", preguntó Rebeca.

"Me lo dijo la hermana de Sandra"

Esto me interesaba. Sandra era la nueva novia de mi ex. La que me lo había arrebatado.

"¿Conoces a la hermana de Sandra?" pregunté sorprendida.

Sara dudó un poco antes de contestar.

"Iba conmigo a clase", contestó. "Por eso lo sé"

La observé mientras bebía su zumo de naranja. Estaba un poco frustrada. No quería saber nada de esa chica, a ella sí que la odiaba por arruinar mi vida quitándome lo que más quería. Rebeca le dio un ruidoso sorbo a su café y dejó la taza en la mesa.

"Sigue siendo un idiota", dijo.

No era verdad, aunque no pude evitar una sonrisa. Me metí un mechón de

pelo por detrás de la oreja y miré a Rebeca distraída.

"Odio defenderle, pero no es un idiota. Se enamoró de otra chica, eso es todo", miré hacía el suelo. "Supongo que no se puede luchar contra los sentimientos"

Evité mirarlas. Pero sabía que en el fondo lo entendían. Sabían que tenía razón. Uno no se enamora de otra persona si está enamorado de la primera. Así es como lo veo yo, y me sentía culpable por haber dejado que esto ocurriera. Quizás no había hecho lo suficiente, y por eso él se había ido de mi lado.

Se hizo un silencio incomodo en la mesa, y entonces Sara dijo:

"Bueno, ya basta de hablar de cosas malas", sonreía ampliamente. "Tengo una noticia increíble para el mes que viene"

"Que misteriosa eres, suéltalo ya", dijo Rebeca impaciente, mientras yo las observaba.

"¡Nos vamos!", exclamó Sara moviendo los brazos y haciendo una especie de baile.

"¿Qué nos vamos? ¿A dónde?", pregunté frunciendo el ceño.

"¡A Estados Unidos!", soltó un poco más alto de lo que hubiera sido apropiado.

Rebeca y yo nos miramos la una a la otra, tenía una expresión de no entender nada. Exactamente igual que yo.

"Explícate, ¿cómo que nos vamos a Estados Unidos?, pregunté.

"Mis tíos vivieron allí hace años, tienen una casa", dijo aceleradamente. "Les pregunté si podríamos pasar allí una temporada y me dijeron que si", dio unas palmaditas.

Rebeca me miró con una gran sonrisa en la cara. "¡Tenemos que ir!"

"Pero, pero…" Intenté buscar una excusa, no es que no quisiera ir. La cabeza me daba vueltas.

"Ni peros, ni nada. Nos vamos y punto", exclamó Sara. "Yo no tengo ni trabajo, ni novio. Rebeca tiene un trabajo que odia, y tú necesitas un cambio"

La miré asombrada. Estaba bloqueada, pero la idea rondaba por mi mente. Podría ser un nuevo comienzo, en un lugar lejano, donde no

tuviera que acordarme de Rubén, donde todo sería nuevo y donde habría mil cosas por hacer. Quizá no era tan mala idea. Por una vez en la vida, tenía que arriesgarme, me di cuenta de que nada me retenía aquí. Podía empezar de cero. Las dos me miraban esperando a que dijera algo.

"De acuerdo", dije en voz baja. Esperaba no arrepentirme.

Las dos se levantaron de la mesa saltando y dando gritos, la gente a nuestro alrededor las miraba molesta, pero no parecía importarles. Rebeca me cogió del brazo para que me levantara, así que aparté la silla y celebré nuestra nueva vida con ellas, nos abrazamos allí en medio.

Nos esperaban un montón de nuevas experiencias y aventuras lejos de aquí. Respiré, sintiéndome más viva que nunca.

Capítulo 8

7. The demons in your head

Se veía venir. Volví a caer en la trampa. Me sentía como una idiota por ello y aun así no podía hacer nada ¿Qué cambiaba eso? Nada, realmente. No es como si no hubiera pasado por mi cabeza miles de veces, y aun así, decidí arriesgarme. Pues bien, ahí lo tienes. Tonta de mí. Con los años me había hecho más fuerte, mucho más fuerte, pero ese era mi punto débil. Siempre me había costado relacionarme con los demás, pensaba que era algún tipo de bicho raro antisocial que se escondía del mundo para que nada me afectara ni me hiciera daño. Pero aun así, de vez en cuando me dejaba convencer pensando que el mundo no podía ser tan malo, que aun podía haber gente humilde, sin segundas intenciones ni falsedades. Y no es que creyera que no la hay, que seguro que sí, pero no daba con ella, o quizás no me paraba a conocerla, de igual modo que no dejaba que me conocieran a mí.

La mayoría de veces, conocía a alguien, y todo iba genial, para salir un rato, pero nada más que eso. Me cuesta relacionarme con personas a las que no conozco, siempre me ha costado, y la verdad, tendía a pensar mal de ellas, no por nada en concreto. Era una especie de protección, como una coraza, bajo la cual solo unos pocos podían ver. Los que realmente tenían paciencia para conocerme o se atrevían a profundizar un poco más en mi mente. Mi extrema timidez e introversión tampoco ayuda mucho pero no es algo sobre lo cual no haya trabajado. He mejorado pero sigue dándome 'miedo' exponerme ante los demás. No es un miedo, como el de 'hay un monstruo debajo de mi cama', es algo más difícil de explicar. Supongo que todas las experiencias que he tenido con gente que irradiaba negatividad y que, al fin y al cabo, no valía la pena, han hecho meya en mi.

No tenía nada planeado para aquella tarde, así que me propuse ir a la librería ya que quería algo para leer y escapar de mi mente. El tema me estaba atormentando bastante. Ni siquiera sabía por qué había decidido ir allí, con Melanie. Me sentí como un perro verde, aquello fue espantoso. ¿No os ha pasado? Estar en un sitio, y ver, saber, que no encajas. Que estás con personas que no tienen nada que ver contigo. Estas allí y sientes sus miradas, sus risas, sus cuchicheos. Y no puedes refugiarte. Expuesta. Menos mal que se me ocurrió una excusa y pude salir de allí pitando.

Eran ya las cuatro, y se me hacía tarde, así que salí a dar una vuelta, pensado en algún libro que pudiera comprarme. Quizá estaba exagerando, quizá toda aquella gente no estaba hablando de mi, aunque era la única 'acoplada' allí, quizás ni siquiera me prestaron atención, al fin y al cabo, no me conocían de nada. ¿Por qué iban a hablar mal de mí? Me odiaba por

aquello, enseguida pensaba mal de todo el mundo, y si, los juzgaba. Los metía en el mismo saco. Todo esto era culpa mía.

Abrí la puerta de la librería, me alivió el aire fresco que noté por las piernas al entrar en la tienda, respiré tranquila. Ese era uno de mis lugares favoritos, aquí sí que me sentía relajada, como pez en el agua. Sin pensar mucho, fui directa a la sección de 'fantasía' y empecé a ojear algunos libros. Noté una sensación rara. Levanté la vista sin moverme y vi a un chico que me miraba por encima de unas estanterías. Me miró por un segundo y apartó la mirada. Solo le veía media cabeza, así que no le reconocí. Yo también aparté la mirada y cogí otro libro. Estaba leyendo la contraportada cuando no pude evitar volver a mirar. Se había movido, ahora le podía ver entero y la verdad me sonaba un poco, aunque no sabía de qué. Él giró la cabeza y me miró, me dio un vuelco el corazón, y miré al libro que tenía entre las manos dando un respingo.

Sin pensarlo mucho dejé el libro y me fui a la sección de 'amor'. Me sentía incomoda. No sabía por qué. Me puse de espaldas a aquel chico para no tener la tentación de volver a mirarle. Quizás ya se había ido. 'Qué más da' pensé. Cogí un libro titulado Todo lo que nunca te dije y alguien me tocó el hombro.

Me giré sorprendida y vi al chico de antes. Me miraba con una sonrisa. Le había visto antes, en algún lugar. No conseguía ubicarle.

"Hola", me dijo.

Mierda.

"Hola", contesté.

El chico hizo una mueca.

"Perdona, es que me resultas familiar y no sabía si saludarte o no". Creo que puse una cara rara porque él se rio descaradamente. "¿Nos hemos visto antes?", preguntó.

"Hmm… pues no sabría decirte, tu también me suenas un poco", le dije aferrándome al libro que tenía entre las manos.

"¿Puede que estuvieras ayer en la fiesta de Kate?", volvió a preguntar. ¿Estaba él en la fiesta de Kate? Vi a tanta gente que no conseguía recordarlo.

"Si… ¿Tu también?", pregunté. Él asintió con un movimiento de cabeza. "Me fui pronto, no me encontraba bien". Le dije, no sé muy bien por qué.

“Es verdad, te vi marcharte”, dijo él. “Te perdiste una buena fiesta”, espetó sonriendo.

“Sí, bueno. No soy mucho de fiestas.” Quería irme, no estaba cómoda.

“Bueno, tengo que irme. Ya nos veremos por ahí”. Dijo mirando la hora en su reloj de muñeca.

“Si. Quizás”, respondí. Seguramente no nos volveríamos a ver. Como a mucha otra gente que vas conociendo por casualidad.

Me escrutó con la mirada. Pensaría que estaba un poco ida. O que era una marginada. O las dos cosas.

“Me llamo Theo”, dijo de repente metiéndose las manos en los bolsillos.

“Yo soy Sarah”, le contesté y alejé la mirada.

“Encantado de conocerte, Sarah”. Inclinó un poco la cabeza, dio media vuelta y se fue.

Me quedé allí parada un rato mientras él salía por la puerta. Qué raro. Quizás no era tan invisible como pensaba. Cometí un error al irme de la fiesta. Todo estaba en mi cabeza. Nadie se estaba riendo de mí. Podría haber conocido a alguien, igual que había conocido a Theo. ‘Los demonios están en tu cabeza’ me dije. No me moví del sitio.

Capítulo 9

8. Verdades ocultas

Me levanté de la cama a la misma hora de siempre, había sido una de esas noches en blanco pero no me sentía cansada. Mis pensamientos dispersos iban de un lugar a otro rebotándome en la mente. 'Año nuevo, vida nueva' me repetía una y otra vez, pero nada parecía haber cambiado. Me metí en la ducha y mientras las gotas de agua resbalaban por mi piel me vino a la mente su inquietante mirada. Esos ojos parecían ver más allá de los horizontes del cuerpo, moviéndose por mis venas y lanzándome escalofríos allá donde pasaban. Me acordé del sueño que había tenido la noche anterior, él estaba allí esperándome sentado en un banco de aquel precioso parque en tonos ocres, mirándome. Las palabras no le hicieron falta, como siempre, sus ojos me hablaron sin necesidad de articular palabra y entonces comprendí que el cambio no llega si tú no lo buscas. Podía quedarme allí sentada frente a él e ignorar su consejo o convencerme a mi misma de que tenía que hacer algo. Salí de la ducha descalza y determinada a dejar de fingir. Dejé allí todos los miedos y toda la inseguridad que yo misma creaba y me decidí a escapar de esa jaula que era mi propia mente. Cogí el teléfono y marqué su número.

"Hola" respondió aquella voz grave pero dulce.

"Hola, Mateo. Sé que es raro que te llame a esta hora", no oí nada al otro lado del auricular. "Necesito verte", añadí.

Tras una breve conversación y algunos silencios incómodos quedamos al día siguiente en una cafetería del centro. De vuelta en la cama entendí que no iba a dormir por segunda noche consecutiva. Se estaba batiendo en mi interior una lucha entre lo que me decía el sentido común y lo que me decían los miedos. No estaba segura de haber tomado la decisión correcta, pero ya estaba tomada. Nunca había sido muy decidida pero siempre asumía las consecuencias de mis decisiones. Para bien. O para mal. Lo que sentía por aquel hombre me asfixiaba, necesitaba salir, necesitaba decirle que desde que le conocí mi vida había dado un cambio radical, y el miedo que me provocaba el pensamiento de decirle la verdad se veía compensado al ver esa mirada de nuevo, cada vez que mis manos soñaban con arrancarle la camisa. A la mañana siguiente reuní todo el valor que tenía y una vez sentada en aquella cafetería esperando a que entrara el hombre de mi vida empecé a sentirme nerviosa. Oía los latidos de mi propio corazón resonando en la cavidad de mis costillas, como los tambores en las películas anunciando que algo está a punto de ocurrir. Vi a Mateo entrar y sentarse frente a mí. Iba impecable, como siempre. Se quitó el sombrero con un gesto elegante y lo dejó en la mesa. Parecía esperar que yo dijera algo, pero nada salía de mi boca. Sin que hiciera falta nada más me miró como quien mira a alguien por primera vez, con

curiosidad y sus labios formaron esa amplia sonrisa que me había robado tantas horas de sueño.

“Querías verme”, dijo él. “Aquí estoy”

Sonreí mirando el plato, me sentía ridícula allí plantada recordando lo que le había dicho por teléfono. En ese momento pensé en recular, en tomar algo e irme a mi casa, dejando que él se fuera para siempre a la suya en la ignorancia, pero había tomado una decisión, así deje que las palabras salieran solas, liberándome de su carga.

“Te amo”, dije mirándole a los ojos.

No parecía sorprendido por mis palabras, ni por el hecho de estar allí temblando tras haberle revelado un secreto que guardaba hacía ya año y medio.

“Estoy casado”, repuso.

“Lo sé”, contesté. “Pero tenía que decírtelo, tenía que saber si hay alguna parte de ti que me mira de la misma manera que yo te miro a ti”

La situación era tan confusa como real. Él parecía inquieto, pensando no sé en qué, y yo dispuesta a decir todo lo que había callado durante este tiempo.

“No puedo mentirte, ni engañarme a mí mismo”, dijo. “No quiero hacerle daño a tu hermana, pero debes saber que yo también siento algo por ti”

Algo dentro de mí se activó. Aunque estaba siendo egoísta, porque no estaba pensado en mi hermana, ni en el daño que esto podría causarle, no podía dejar escapar este tren, quería a este hombre tanto que si esto no salía bien, estaba dispuesta a irme para siempre.

“Ven conmigo”, dije. “Empecemos una vida en otro lugar, juntos.”

Su mirada se iluminó bañando aquel lugar de esperanza.

Capítulo 10

9. Come closer

Pensaba que lo tenía todo controlado, pero fue acercarte a mi y perder la compostura. Hacía tanto que no te tenía al lado que me había olvidado de ese calambre que me recorre la espina dorsal al tenerte cerca. Tan cerca. Qué tonta de mi pensar que ya no sentía nada, que ya te había olvidado.

La pregunta es, ¿Lo haré algún día?

Cuando estás lejos de mi, cuando no te veo, es como si desaparecieras, como si nunca hubieras existido. Incluso me convenzo a mi misma de que lo he conseguido. Y sin embargo, mírame. Perdiendo el norte por ti. Intentando no pensarte, no verte, no escucharte, pero siempre acabas apareciendo en un lado o en otro. No sé si me persigues o te persigo yo a ti sin quererlo.

Quizás haya algo de mi que se sienta tan atraída a tu presencia que incluso sin saber dónde estás, te encuentro.

Cuando ya pensaba que te habías ido para siempre, vuelves y te quedas ahí plantado, a mi lado. Hablándome, mirándome, acercándote a mi. Cómo si estuvieras buscándome. Hay algo en mi que piensa que lo haces para estar conmigo, porque tú también sientes algo, porque sin quererlo también me buscas, y me miras, y me hablas. ¿Por qué lo haces? Quizás tu también notas esa conexión, ese vinculo que nos acerca y nos separa a su antojo.

Intento alejarme y tu vas acercándote cada vez más. Hasta quedar cerca, muy cerca. Y yo me bloqueo. El corazón se me acelera y tu sigues hablando y acercándote, y yo te sigo la corriente pero doy un paso atrás. Y tu te acercas, me das conversación. Te tienes que ir ya, lo sabes, te están esperando y el tempo pasa rápido, pero en vez de irte sigues hablando, intimidandome con tu presencia, con tu mirada, esa mirada tan fuerte que hace que al final tenga que mirar al suelo. Pero al levantar la mirada de nuevo, sigues ahí.

Hablándome, mirándome, acercándote más a mi.

Capítulo 11

10. Undisclosed desires

Querido tú,

Hace tiempo que pienso en escribirte una carta pero nunca había reunido el valor suficiente para hacerlo.

Hasta hoy.

No quiero que pienses que estoy anticuada a la hora de desnudar el alma, simplemente esta es la mejor manera que tengo de hacerlo.

No pretendo cambiar el presente y esto no es para nada una declaración de intenciones. Solamente mi manera de decirte que todo ha cambiado. No sé si esto es algo nuevo o si ya te imaginabas algo, igualmente, creo que se me nota a la legua y que tú también lo sientes cuando me acerco a ti.

Quizás me equivoque y ese calambre que me recorre la espina dorsal cuando te inclinas levemente hacia mí es algo que solo me pasa a mí. Sin embargo no puedo evitar pensar que lo haces adrede. Porque sabes lo que provocas en mí y de alguna manera, te gusta. Te gusta provocarme, buscarme. Pero yo no soy un juguete, no me gusta que jueguen conmigo y quiero saber si esa inclinación es imaginaria o, por el contrario, es un intento de acercarte más a mí. Un centímetro más.

Cuando me miras, cuando nos miramos no puedo evitar sentir ese halo de misterio en tus ojos, me desconcentras. Creo que también te llega a ti. Y que tú también pierdes el hilo de lo que estabas diciendo cuando me miras, analizándome. ¿Me analizas?

Y esa manera que tienes de alargar la conversación…me da que pensar. Tú tampoco quieres irte. Ni quieres que esto acabe.

Por eso, he decidido desnudar mi alma de una vez por todas y saber si la tensión sexual es solo mía, si ha surgido de la nada, o si la provocas tú. Queriendo.

Con o sin cariño,

Tu querida yo.

Capítulo 12

11. Cuando llegaste a mi

Capítulo 1

Mira que tarde se ha hecho ya. Tienes que irte, mis padres están a punto de llegar.

– ¿Tengo que irme ya? Pero si no hace nada que he llegado… Vamos, no creo que digan nada, Raúl. Arréglate y damos una vuelta, ¿te apetece? – dije mientras le miraba sonriendo.-

– No, no puedo. Ya he quedado. Vamos, coge tus cosas y vístete, tienes que irte.

– Bueno, vale. No quiero molestarte.– dije y empecé a abrocharme los botones de la blusa.

– No me molestas, Bea. Nos veremos otro día, te lo prometo. – dijo él mientras se acercaba a mí. Puso sus manos en mi cintura y me dio un beso en los labios. Sonreí y me puse los zapatos.

– Venga, te acompaño abajo.

Mientras bajábamos por las escaleras no pude evitar volver a sentir esa sensación. Intenté disimular delante de él, no quería hacerle sentir mal. Me abrió la puerta y salí, me giré y me dijo:

– Bueno, lo he pasado bien. ¡Hablamos pronto! – y cerró la puerta.

En mis narices. Sin decir ni hacer nada más. Como si no le importara nada dejarme ahí delante, mirando la puerta y esperando a que saliera y me diera un beso, una sonrisa, unas palabras bonitas. Pero no salió, así que me fui andando a mi casa. Sintiéndome sola y utilizada. Y tonta. Esa era la peor de las sensaciones. El sentir como te humillan y no poder hacer nada al respecto. No estaba enamorada de él, por supuesto que no. Pero tenía esperanzas de sentirme querida y de poder quererle a él también. Que ilusa, como si fuera tan fácil. Como si no hubiera pasado por esto antes. El ser humano, siempre tropezando con la misma piedra, con la misma punzante y afilada piedra.

Llegue a casa casi sin aliento y cabizbaja y me fui directamente al ordenador. Ana estaba online, le abrí conversación y pensé en escribirle. No me salía nada. Hice un esfuerzo, deseaba contarle lo que había pasado y como me sentía, deseaba que me escuchara y sobretodo que me dijese algo bonito que me reconfortara y que me hiciera olvidar. Pero no

sabía como explicárselo. Así que desistí. Me fui al comedor a ver la televisión. Allí estaba mi madre mirándome con esa expresión que pone cuando sabe que me pasa algo y pensando como preguntarme que me pasaba. Así que volví a levantarme y me fui a la habitación. No tenía ganas de hablar del tema. Me conecté al MSN, aunque no le hablé a nadie. No tenía a nadie con quien hablar.

Estaba poniendo algo de música cuando Miquel me habló. Miquel era un amigo con el que salía a veces. La verdad es que no le conocía demasiado. Le conocí a través de Ana y habíamos coincidido alguna noche cuando estaba con ella. Llevábamos un rato hablando de todo y de nada, y realmente me había olvidado de todo lo que había pasado un rato antes cuando de pronto me habló Ana. ' Un poco tarde', pensé.

Ana siempre había sido mi mejor amiga y en la que más confiaba, pero últimamente no estaba pasando su mejor racha, estaba un poco liada, entre su novio y otro chico. Que diferentes son las cosas para dos amigas. Una deseando conocer a alguien y solo conociendo a idiotas en potencia y otra decidiendo entre dos chicos. ¡Vivan las injusticias! Lo mejor de todo era que en realidad, ella no quería a ninguno de los dos. Solo deseaba estar sola y ser libre, y picar un poquito de aquí y un poquito de allá. No suelo hablar así de mí mejor amiga pero es que no entiendo nada de lo que hace ni de cómo actúa. Ella, muy contenta me contó lo que había hecho hoy y después, me preguntó que qué tal me iba con Raúl.

Otra vez ese nombre. Nunca iba a poder quitármelo de la cabeza. Entonces pensé que quizás si le explicaba lo que había pasado me sentiría mejor.

Y otra vez sentí ese bloqueo. ¿Por qué no era capaz de explicarle todo lo que pasaba por mi cabeza como antes? 'Pues porque ya nada es igual' – una voz en mi cabeza- Sí, ya nada era igual. Y yo estaba cansada de intentar que lo fuera.

– Bien, bien. – le dije- He estado en su casa esta mañana. Todo va bien, ya te contaré. Oye me tengo que ir, ya hablaremos. ¡Un beso!

Me desconecté sin decir nada más aunque me quede un rato más hablando con Miquel. Es curioso lo fácil que era hablar con él. Y eso que apenas le conocía. Sí, era verdad que últimamente estábamos hablando mucho, pero no teníamos mucha confianza. No me atreví a contarle lo que me había pasado con Raúl. ¿Por miedo, quizás? ¿Pero miedo a qué? En eso estaba pensando cuando me preguntó si quería salir, que tenía que ir a la biblioteca y que luego, podríamos ir a tomar un helado o algo.

En un principio, y mi reacción más rápida fue decirle que no. Pero después pensándolo bien decidí decirle que sí. Me apetecía salir con él un rato. No

hacía preguntas indiscretas y me hacia reír.

– Te paso a buscar. Estaré en tu calle en diez minutos, espérame abajo. – me dijo él-

Capítulo 2

Diez minutos más tarde ya estaba abajo. Había tardado un poco en decidir qué ponerme pero bueno, no tenía importancia.

– Vaya que puntual eres, tendré que darme más prisa. – me dijo sonriendo

– ¡Oh! Para nada, no me importa esperar.

Durante el camino a la biblioteca estuvimos hablando sin parar y no pude evitar fijarme en lo bien que le quedaba la camisa blanca que llevaba puesta ese día y lo bien que olía.

Me hizo reír mucho y durante ese rato no tuve tiempo de pensar en nada más. Pasamos la tarde en la biblioteca estudiando para los exámenes que se acercaban. Pasadas las horas, llenas de miradas y sonrisas cómplices, decidimos darnos un respiro e ir a tomar un refresco. Hablando de cualquier cosa surgió el tema de Ana, y aunque no quería meterme en terreno pantanoso, sentí que de alguna manera, podía confiar en él, y que no me iba a dejar plantada. Así que me lancé y le explique lo que pasaba con ella. Me desahogué y además me sentí liberada de aquella carga. No le hablé de Raúl, pero me quité un peso de encima. Mientras hablaba él me observaba fijamente, muy serio. Como si realmente le importara lo que le estaba explicando. Al acabar la tarde me acompañó a casa. Resultó que me llevaba de perlas con él, quién iba a decir que esto iba a ser así.

-Gracias por acompañarme – le dije- no hacia falta, tú vives por el otro lado.

– Ah, no te preocupes por eso, no me importa. Me gusta hablar contigo. Espero que lo hayas pasado bien y oye, no te preocupes por lo de Ana, ya se arreglará. ¿De acuerdo? – Su sonrisa era deslumbrante.

Se acercó para darme dos besos en las mejillas. En ese momento, me dio un vuelco el corazón, como si pensara que él me iba a besar en los labios. Menuda tontería, ya estoy con eso otra vez. Nos acabamos de conocer. Lo mío es una obsesión.

– Bueno, adiós. Y gracias por todo, de verdad. – le dije

La semana siguiente las cosas seguían igual. No había vuelto a saber nada de Raúl cuando un día me habló por MSN:

– Lo siento, no he podido hablar contigo antes, he estado muy liado con los exámenes, ya sabes. Oye, si estás libre esta tarde podríamos ver una película. No hay nadie en casa, ¿te apetece venir?

Aunque estaba deseando decirle que no y mandarle a la mierda, no pude. Le dije que sí. Y al instante me arrepentí. Cogí el teléfono móvil con la intención de llamar y cancelar la cita, pero tampoco me atreví, seguro que si le llamaba me convencería para que fuera. Así que sin darle más vueltas y deseando que se acabara pronto me dirigí a su casa. Al llegar llamé a la puerta y allí estaba él.

– ¡Hola! Que puntual has sido. Tenía muchas ganas de verte. – Dijo mientras se acercaba y me besaba.- Ven, sube. ¿Quieres beber algo?

– No, gracias. No quiero nada. – Mientras cogía un vaso para él le miré. Sin poder evitarlo sentí ganas de estar con él, y de que todo cambiara. De que él me quisiera, y de besarle. Pero me contuve. Ya estaba escarmentada.

– Bueno, vamos a mi habitación. ¿Te parece bien esta? – dijo enseñándome un DVD en la carátula del cual había un vampiro.

– Si, claro. Creo que no la he visto.

Entonces él me sonrió y subimos a su habitación. – Ponte cómoda – me dijo. Lo único que hice fue quitarme los zapatos. No podía creer que de verdad hubiera vuelto a esa casa después de lo que había pasado. Me odiaba por lo tonta que estaba siendo. Quería escapar, salir volando por la ventana. Y sin embargo me quedaban dos horas enteras de una película que ni siquiera me interesaba y que sabía que no iba a ver. ¡Que poco me equivocaba! Al poco rato de empezar a verla, él me cogió fuertemente y empezó a besarme, yo no puse resistencia pero por dentro me daban nauseas. Intenté que se apartara diciendo que quería ver la película. A los quince minutos estábamos igual. Cerré los ojos para no ver lo que pasaba y desee que terminara pronto cuando empezó a quitarme la camiseta.

Capítulo 3

Iba andando, casi corriendo, y me dirigía a casa. Me sentía como una basura, como alguien que no sirve para nada, sin ilusión ni expectativas. No tenía ganas de hacer nada. Me encontraba perdida y necesitaba hablar con alguien. Inmediatamente pensé en Miquel, pero me daba una vergüenza terrible que supiera toda la historia. Así que llamé a Ana. Algún día tendríamos que arreglar las cosas. Y qué mejor día que este. No quería estar sola. Quedamos a las cinco y media en el lugar de siempre y

fuimos a tomar un café a la cafetería donde siempre solíamos ir. O así era antes de separarnos.

– Bueno, Bea. ¿Cómo estás? Hace mucho tiempo que no sé nada de ti, cuéntame. ¿Cómo van las cosas?

– La verdad, he tenido épocas mejores. Escucha Ana, siento haber estado distante, simplemente he estado en mi mundo y no tenía ganas de hacer nada. Pero bueno… tengo algo que contarte.

– ¿Ah si? Cuenta, cuenta, ¡me muero de ganas por saber como han ido las cosas!

– Bueno, no es nada emocionante… ¿Te acuerdas de ese chico, Raúl? Pues resulta que…

En ese momento y como si nada hubiera pasado entre nosotras le conté todo lo que me pasó por la cabeza, sin dejarme ningún detalle. Le conté como me había sentido, lo mal que se había portado conmigo Raúl y como me había utilizado para sus intereses, como después se había olvidado de mi para después volver con cara de niño bueno a contarme más mentiras. Y lo peor, como yo le había creído y había vuelto a caer en su trampa.

Ella se indignó muchísimo, y soltando algún que otro taco me dijo que no volviera a verle ni a hablar con él, que no merecía la pena y que no iba a cambiar, que no me quería. Acabé llorando de rabia y ella me abrazó.

– Ven aquí, no llores. Tú te mereces a alguien mejor, alguien que te sepa valorar. Seguro que no esa muy lejos. – me dijo intentando consolarme.

Al poco rato las dos nos calmamos y seguimos hablando de ella y de sus dos amores. Intenté aconsejarla lo mejor que supe para que estuviera bien, pero realmente no entendía su situación. Estábamos hablando de eso cuando de repente soltó:

– ¡Oye! Me han dicho que últimamente quedas mucho con Miquel ¿es cierto?

– ¡Ah, sí! Quedamos a veces para ir a la biblioteca o para dar una vuelta. Es un chico muy majo. Me cae bien.

– Sí, sí que es majo. Siempre se preocupa mucho por ti y eso… oye… ¿porque tú y él no…? ¡Ya sabes!

– ¿Yo y él? Pero Ana, por favor ¡qué dices! ¡Miquel es un chico estupendo y me cae genial pero solo somos amigos! ¡No va a pasar nada entre

nosotros!

-Ya, eso lo dices ahora…

-¡No me líes, Ana! No veo por que se iba a fijar en mí. Además ya te lo he dicho, quedamos solo en plan amigos, no pasa nada. ¡No hay química! Somos muy diferentes…

Mientras decía esto me dí cuenta de que estaba mintiendo. Obviamente, y aunque no quería reconocerlo, había mucha química entre yo y Miquel. Saltaban chispas. Él era un chico tímido y quizás por eso aun no había pasado nada, pero lo cierto es que ya me lo había planteado unas cuantas veces. Me encantaba su sonrisa y su cuello, sus brazos… Pero no iba más allá.

Tampoco había signos de que yo le gustase y no quería meterme en más líos. Aunque se lo negué a Ana e intentaba negármelo a mi misma, saltaba a la vista que había algo entre nosotros, pero no se por qué no tuve el valor suficiente para decírselo a Ana. Sería porque ellos eran amigos de infancia, o porque me daba vergüenza reconocer que me había fijado en él… No lo sé.

El caso es que me callé. Y también estaba Raúl por otro lado. Aunque esa tarde decidí que iba a cambiar. Que no iba a rebajarme más por un chico como él, porque no se lo merecía. Igual que yo no merecía que me tratara así.

No volvería a verle nunca más.

Capítulo 4

Al día siguiente me desperté con energías renovadas, con ganas de hacer cosas y con más ganas aún de divertirme. No quería saber nada de chicos, solo olvidarme de Raúl y entretenerme con otras cosas. Aquella tarde había quedado con Miquel. No habíamos quedado para hacer nada en concreto, y de alguna manera, temía llegar allí y no saber qué decirle.

Pero eso me ocurría siempre antes de verle, una vez nos encontrábamos era como si nos conociéramos de toda la vida. No había silencios incómodos ni ganas de irse a casa. En realidad, creo que solo quedábamos para vernos. Pero ninguno de los dos lo decía. Ese día tenía especial ganas de verle y de que me contagiara su sonrisa y me hiciera reír.

Cuando llegó la hora, empecé a arreglarme, me probé toda la ropa que había en mi armario o casi. ¡Madre mía lo complicado que es decidirse por algo! Y eso que no era una cita, solo dos amigos quedando… al menos así creía que lo vería él. Cuando al fin me decidí, baje a la hora a mi portal, donde habíamos quedado, y él ya estaba allí esperándome. Bajé saltando

las escaleras y abrí la puerta.

– ¡Hola! ¡otra vez llegas antes que yo! ¡Y eso que solo tengo que coger el ascensor!

– No me gusta que me esperen, prefiero esperar yo. Vaya, ¿camiseta nueva? – dijo él riendo-

-¡Sí! Me la compré el otro día. ¡Que ojo tienes! – sonreí- ¿Te gusta?

-Me encanta, te queda muy bien, de verdad. – su mirada lo confirmaba-

– Seguro que lo dices para hacerme la pelota… – dije yo de broma riéndome para ver qué decía –

-¡Pero que mala eres! Pues sí… es horrible. ¡No me la pondría ni loco! – dijo de repente sonriendo- Que no, era una broma. – dijo mirándome- Te queda muy bien, resalta tus ojos. – Mira, para compensarte te daré algo que tenía para ti.

Me dejó sin habla.

-¿Algo para mí? – pregunté ilusionada como cuando a una niña pequeña le dan un caramelo.-

– Sí, toma. – Me dio una bolsa con algo dentro. Una cajita. Mientras la abría sentía su mirada incesante pegada en mí, observando cada pequeño movimiento que hacía, para no perderse detalle.

– ¡Un collar! ¡Madre mía, que bonito! ¡Miquel, es precioso! Pero yo… no debería… ¿Seguro que es para mí?

– Sí, lo compré especialmente para ti. Me alegro que te guste. – Me miró sonriendo.-

– Muchas, muchísimas gracias de verdad. No deberías haberte molestado.

En ese momento me puse de puntillas e hice el gesto de darle dos besos porque no llegaba. Él se inclinó y acercó su cara a la mía. Otra vez sentí esa sensación, como unas mariposillas en el estómago. ¡Oh, oh, esto no me puede estar pasando! Esas mariposas… ¡hacía tanto tiempo que habían desaparecido!

Ni siquiera me acordaba de cómo eran. Le vi acercándose a mí y pensé en darle un beso. Era lo propio, él me acababa de regalar un collar precioso que había comprado especialmente para mí. ¡Tenía que agradecérselo! Y no solo eso, tenía ganas de hacerlo, ¡Quería hacerlo! ¡Quería besarle! Pero

no lo hice. Y tampoco lo hizo él. Sonreí, sentía mi cara ardiendo.

Nos dirigimos a la cafetería de siempre, y estuvimos hablando y mirándonos toda la tarde. No podía negarlo. Había algo entre nosotros.

Los días siguientes fueron más o menos iguales. No tuve tiempo de pensar ni hacer nada. Solíamos quedar por las tardes y por las noches. Y nunca nos quedábamos sin nada que hacer. Cada día que pasaba estábamos más unidos y la confianza que había entre los dos iba creciendo.

Ya hablábamos de cualquier cosa, incluso me atreví a explicarle lo que me había pasado con Raúl y otros chicos. La cara de rabia que puso me encantó. Como si estuviera dispuesto a pegarles una paliza solo por haberme hecho daño. Cuando estaba con él me sentía segura de mi misma y protegida.

Podía hacer bromas y mostrarme tal como soy sin miedo a lo que pudiera pensar porque ya me conocía. Sabía quien era y como era. Y lo mismo le pasaba a él conmigo. Con el transcurso del tiempo empezaron a oírse rumores de que había algo entre nosotros. Me moría de la vergüenza. Intentábamos disimular como podíamos y aunque aun no había pasado nada entre nosotros, solo era cuestión de tiempo.

Íbamos a comprar juntos, al cine, veíamos películas en su casa, íbamos solos a la playa por las noches… Era como una vida de pareja.

Dentro de mi algo me decía que yo le gustaba, pero él nunca me decía nada. De vez en cuando me decía algún piropo y me regalaba cosas. De acuerdo, eso hacia evidente que algo más que amistad sentía por mí. Pero no estaba segura. Me sentía confusa. No sabía si quería que pasara algo o no. Lo había pasado mal las últimas veces y no tenía ganas de volver a empezar. Subí a mi habitación y me estiré en la cama.

Era cierto, no tenía ganas de volver a empezar nada, pero no podía apartarme de él. Quería verle, tocarle, estar con él. No podía evitarlo. Llevábamos ya meses quedando pero aun no había pasado nada. Y eso me confundía. Creía que si no había pasado nada era porque él era tímido.

Pero a la vez también pensaba que quizás él no quería nada conmigo. Y por eso no me atrevía a dar el paso yo. Algo dentro de mí quería que lo hiciera él. Que me cogiera y me diera un beso de películaO simplemente un beso de esos inesperados. Me estaba volviendo loca. Me sentía como una adolescente que tenía que dar su primer beso. Que sensación más rara.

Capítulo 5

Intenté quitármelo de la cabeza, pero no pude evitarlo. Poco a poco me iba enamorando de él y, aunque no se lo hubiera comentado a nadie e incluso se lo negara a Ana, por dentro estaba deseando besarle y ver qué pasaba. Cuando quedábamos era como cuando dos buenos amigos quedan como si nada. Un día quedamos para ir al cine. La película era una comedia romántica. Una chica y un chico que comenzaban a salir juntos, sin tener nada serio pero poco a poco se iban enamorando y al final acababan juntos. No pude resistir la tentación en toda la película de mirar a Miquel de reojo para ver sus reacciones. Creo que él también me miraba.

A veces giraba la cabeza y me sonreía. Cuando acabó la película fuimos a tomar un helado, que no me dejó pagar, y luego a dar una vuelta por la playa. Siempre me llevaba a sitios que no conozco o que significaban algo para él. Me encantaba que lo hiciese. Al final, nos sentamos en un banco. Me senté un poco separada, pero después nos fuimos acercando hasta que estuvimos pegados. Aún no sé como la conversación se fue derivando y acabamos tonteando y haciéndonos cosquillas, casi me abrazaba, y un par de veces me pasó el brazo por el hombro.

Cuando nos calmamos me quedé mirando el mar, estaba mirando las estrellas cuando, de pronto, noté que me daba un beso en la cabeza. Me quedé muy asombrada y pensé en girarme hacia él y besarle. Sin decir nada más. Pero otra vez me dio miedo, pensé en lo que podía pasar, en que le podría hacer daño. Y me dio miedo. Y no lo hice. 'Cobarde'.

Más tarde me acompañó a casa. Cuando ya estábamos llegando, me comenzó a entrar esa sensación de nerviosismo y miedo que me entraba cada vez que pasaba esto. Lo disimulé como pude. Llegamos al portal, subí el escalón y le miré:

– Bueno, ya hemos llegado. Me sabe mal que hayas tenido que venir hasta aquí. – Él no lo notaba pero sentía mi corazón latir a mil por hora.-

– Ah, no es nada, ya te lo he dicho mil veces. Así estoy más rato contigo y me aseguro de que no te pasa nada. – No era la única que estaba nerviosa, notaba como que no quería acercarse mucho a mí.-

– Me voy para arriba, ahora hablamos. – Le sonreí y, cuando él sonrío también, me acerqué para darle dos besos en las mejillas. Las ganas que tenía de girarle la cara. ¡madre mía si él lo supiera! No podía creerme mis propios sentimientos. No pasó nada más. Miré como se iba.-

Me desperté aquel día pensando que no podíamos seguir así. No podía negar que a él le gustaba yo. Pero una vez aceptado eso, tenía que pensar

qué hacer. Y tenía que tomar una decisión. Él me quería y quería estar conmigo. No era otro de esos tipos que solo quieren aprovecharse de ti y utilizarse. No, él era diferente. ¿Realmente iba a dejarlo pasar?

Vale, al principio no sentía nada más que amistad por él, pero poco a poco se fue convirtiendo en algo más. Y aunque tenía miedo a volver a pasarlo mal, tenía que arriesgarme. Quería hacerlo. No sabía cómo ni cuando, pero no podría esperar mucho más. En vista de que él no iba a tomar la decisión ni iba a dar el paso, tenía que hacerlo yo. No podía esperar más, tenía que besarle y demostrarle que yo también quería estar con él. Y que estuviera tranquilo. Estuviéramos tranquilos. No me apetecía pensar en lo que iba a pasar después. Justo en aquel momento sonó el teléfono móvil. Era él. Me aclaré la voz:

– ¿Diga?

– ¡Hola! ¿Qué haces? – Me dijo-

– Nada, estaba leyendo un libro. ¿Y tú?

– Pues no mucho, acabo de llegar a casa. Oye te llamaba porque esta noche hay fiesta en la playa e iremos todos. ¿vendrás?

– ¿Una fiesta? ¡Pues vale! Me apetece mucho. – Reí-

– Sí, a mi también. Tengo ganas de verte. ¿Te paso a buscar a las once y media? – dijo seguidamente para que no pudiera contestar a ese comentario. –

– Ummm, sí, perfecto. ¡Gracias! Seguro que nos lo pasamos genial, tengo buenas vibraciones – Contesté riendo para que viera que le había escuchado.-

– Bueno, yo no tantas… pero ya veremos lo que pasa. ¡Hasta luego! – Colgó el teléfono. –

Ahí tenía mi oportunidad. Una fiesta en la playa. Me lo puse como meta. Tenía que ser esa noche. Le besaría, por fin. Y saldría de dudas, también.

Pasé la tarde probándome modelitos de ropa y maquillaje, quería llevar algo bonito y sexy pero que no llamara mucho la atención. Me preguntaba qué se pondría Miquel. No podía esperar más a verle. Seguro que llevaba esa camisa blanca que le quedaba tan bien y le hacia parecer tan elegante y tan extremadamente sexy.Siempre me han gustado los hombres vestidos con camisas y trajes, me parecen interesantes. Estaba probándome una falda de florecitas y volantes cuando sonó el teléfono

móvil:

– ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Qué haces? – Era Miquel.-

– ¡Hello! Pues nada, estaba aquí… mirando la TV un rato. – Contesté- No quería que pensara que era una de esas pijas, aunque él ya sabía lo mucho que me gusta la ropa y todo eso.

– Ya, seguro que te estabas probando modelitos para esta noche. – Rió él –

– ¡Pero que dices! Ya tengo pensado lo que me voy a poner.

– Estoy ansioso por verlo. – Se rió de nuevo- ¡Oye! ¿Quieres que te pase a buscar a las diez y media y así damos una vuelta antes de quedar con el resto?

– Ummm… ¡sí, vale! Por mí genial. ¿A las diez y media en mi casa?

– ¡Vale! Nos vemos luego, no tardes.

Y colgó. Aii… Miquel, Miquel. Cuantas ganas tenía de verte y de que llegara la noche. Me había intentado imaginar muchas veces lo que podía pasar. Tipo película. Siempre he sido muy peliculera. Estaba la versión en la que él se declaraba y me daba un beso. La que íbamos a algún sitio y acabábamos besándonos. La versión en la que empezábamos a jugar y se echaba encima mío… Había tantas versiones…

Y hoy por fin sabría como seria la verdadera. Si todo iba bien. Me preguntaba… ¿Qué pensará él del asunto? ¿Y si todo había sido producto de mi imaginación y él no quería nada conmigo? ¿Y si simplemente quería jugar, pero no se planteaba tener nada conmigo? Ya volvía a desvariar. ¡Pues claro que le gustaba! Estaba claro. Y él me gustaba a mí. Mucho, además. Y no podía esperar a demostrárselo.

Pasé el resto del día dando vueltas por casa, viendo la televisión y pensando en la noche. Me iba poniendo nerviosa por momentos, intentaba no pensar mucho, pero era inevitable. Así llegó la hora en la que había quedado con Miquel, diez minutos antes ya estaba asomándome al balcón para ver si había llegado ya.

A las diez y media en punto al fin sonó mi teléfono. Señal de que Miquel estaba ya abajo. En ese momento los nervios se multiplicaron por mil y el corazón me empezó a latir con más fuerza que nunca. Cogí mi bolso y metí en él el bocadillo y la bebida que había preparado para cenar en la playa. Me miré por última vez en el espejo del recibidor para asegurarme de que tenía buen aspecto y cerré la puerta de casa. Cuando llegue al portal allí estaba Miquel esperándome, estaba serio, pero cuando me vio

una sonrisa salpicó su rostro.

– ¡Pensaba que tendría que esperarte mucho más! – Me miró y me besó en las mejillas.

– ¡Que va! ¡Pero si siempre tengo que esperarte yo a ti! – Bromeé mientras le miraba. Estaba radiante. Guapísimo. Tuve que forzarme a alejar la mirada de él antes de que se diera cuenta.

Empezamos a hablar de todo un poco y se me pasaron los nervios. Creo que el no se dio cuenta de mis piernas de mantequilla y de los fuertes latidos de mi corazón, lo cual me tranquilizó y pude seguir hablando con él como si nada. En seguida me transmitió esa paz que desprende siempre y me relajé. Le miraba tímidamente a los ojos intentando poder ver más allá de ellos, intentando averiguar que estaba pensando él. Creo que el también estaba nervioso, pero no lo mostraba. Me miraba curioso como si él también viera algo diferente en mí. Mientras nos encaminábamos hacia la playa me imaginé que íbamos andando exactamente como lo estábamos haciendo en ese momento pero cogidos de la mano, como una pareja.

Y pensé en como seria pasear tranquilamente cogida de su mano por la playa mientras escuchaba el sonido de las olas y del viento y de su risa. Ese pensamiento se convirtió en deseo. Deseaba con toda mi alma que ocurriera, y así estaba yo sumergida en mi mente cuando me dijo:

– ¡Bea! ¿Que te pasa? ¿Me estás escuchando? ¡Que ya hemos llegado! – Y me hizo cosquillas para despertarme.

– ¡Ai!- Reí- Lo siento estaba pensando en algo. ¿Ya hemos llegado? Vaya se me ha hecho muy corto el camino.

– En que estarías pensando… – Me dijo mirándome picarón-

– ¡No en lo que tú crees! – Le saqué la lengua.

Llegamos donde estaban los otros, que ya no se sorprendían de vernos aparecer juntos. Allí estaba Sonia y su novio Carlos, Dani, Marcos, y Ana. Buscamos un sitio en la arena donde poder sentarnos y ver los fuegos artificiales. Como aún era pronto, nos pusimos a jugar a juegos de cartas para pasar el rato. Sonia propuso jugar con algo de alcohol para ir empezando a animarnos. ¡Mi oportunidad de besar a Miquel! Pero me equivocaba porque los juegos nada tenían que ver con esos juegos que consisten en besar a quien te toque.

Aun así me senté a su lado y siempre me sorprendía mirándole disimuladamente. Al principio me daba un poco de vergüenza pero después ya me daba igual. Hasta intentaba pegarme más a él, tocarle la

mano, la pierna, o algo para estar más cerca de él. Pero sin ser descarada. También noté como poco a poco él se relajaba y se acercaba más a mí. El resto nos miraba y hacia gestos un poco sorprendidos de nuestro acercamiento, pero no dijeron nada.

Jugamos a diferentes juegos hasta que se hizo de noche y tuvimos que dejarlo porque en la playa no se veía nada. La luna nos iluminaba desde el cielo acompañada de un montón de estrellas y alguna que otra nube blanca. A nuestro alrededor había mucha gente sentada en la arena cenando, riendo y jugando a esperas de los fuegos artificiales.

Mientras cenábamos miraba a Miquel y pensaba en la noche que nos esperaba. Aun no sabía lo que iba a pasar pero tenía ganas de estar con él. No me iba a echar para atrás. La arena en mis pies estaba fresca, me encantaba su tacto en mi piel y en ese momento me dejé caer hacia atrás. Mirando el cielo fijamente. Así estaba, pensando y mirando el cielo cuando vi una estrella fugaz. Cerré los ojos, apretando fuerte los párpados y desee con todas mis fuerzas que esa noche se cumplieran mis sueños. Los mantuve así unos segundos y después los abrí. Todo seguía igual. Volví a sentarme y miré a Miquel quien a su vez, me estaba mirando y me dijo:

– ¿La has visto? – Su mirada lo decía todo.

– Sí, ¿Tú también? – Asintió con la cabeza. – ¿Y has pedido un deseo? – Volvió a asentir, y sonreí- A lo mejor hemos deseado lo mismo. – le dije.

– Puede ser. Es curioso que siempre que estamos juntos veamos estrellas fugaces. Nunca había visto tantas como ahora.

– Ni yo. Si que es curioso si. – Durante los días que habíamos quedado muchas veces habíamos ido caminando a la playa y sentados en un banco o en la arena habíamos visto estrellas fugaces. Incluso dos en una noche. Me parecía algo mágico. Como si fuera una señal. Algo tendría que significar. Bueno, yo soy de esas chicas que cree en esas cosas y que lee el horóscopo.

– ¡Están a punto de empezar! – Dijo Sonia refiriéndose a los fuegos artificiales.

En seguida ella se acurruco en los brazos de su novio para poder ver así los fuegos. Que romántico, pensé. Miré a Miquel y sonreí. Para mi también era un momento especial aunque no pudiera acurrucarme con él. Me senté más cerca de él. Se oyó un ruido estridente y empezaron los fuegos. Con el reflejo de la luz se veían todas las cabezas mirando al cielo que se iluminó lleno de colores y formas. Era un escenario precioso, la luna, el mar, la arena, los fuegos artificiales, Miquel… No podía dejar de

mirar los fuegos, era tan bonito que no podía apartar mi vista de ellos.

Noté como Miquel giraba la cabeza y me miraba un par de veces. Con la cara de embobada que tenía, que vergüenza. Una palmera roja, una especie de fuente de colores, unos remolinos verdes y azules, disparos de luz rosa, era fascinante. En ese momento conseguí apartar la mirada del cielo y me fijé en Miquel que estaba pendiente de los fuegos. Le miré la cara, los ojos, los labios, el cuello, y sin pensar en donde estábamos y en las cabezas de Ana, Sonia y los demás, que nos estaban mirando, le besé en la mejilla. Él no se lo esperaba para nada y rápidamente después de separar mis labios de su cara me miró.

Yo, muerta de vergüenza y deseando que no dijera nadie dijera nada, volví a dirigir la mirada al cielo. No sé porque lo hice, simplemente no pude reprimirme. Los fuegos continuaron un rato más y cuando acabaron empezaron los aplausos y la música. La gente se levantó y empezó a beber y a bailar. Sonia nos sirvió un vaso de algo y se puso a bailar con su novio. Marcos y Dani inspeccionaban el panorama en busca de chicas con las que poder bailar y algo más. Ana estaba entre nosotros y otro grupo de amigos, con lo cual pronto desapareció de nuestra vista. Y Miquel y yo empezamos a hablar y a tirarnos por la arena. Estábamos así cuando Sonia me cogió y se puso a bailar conmigo allí delante.

Me puse a reír y vi que Miquel nos estaba mirando. Intentando llamar su atención me puse a bailar de una forma más llamativa. Estuvimos yendo de aquí para allá toda la noche, yo con Miquel todo el rato. Me lo estaba pasando genial y no podía parar de reír. Tenía muchísimas ganas de tirarme a su cuello y morderle y besarle y besarle más y más y más. Pero me contuve. Estaba esperando para ver si él se atrevía a dar el paso y aunque le veía acercarse y hablarme muy pegado a mis labios, no me besó. Pensé que necesitábamos más intimidad. Quería estar con él a solas para ver si así surgía una oportunidad.

– ¿Me acompañas al baño? – Le dije

– Claro, yo también tengo que ir. – Me contestó.

Capítulo 6

Nos separamos del grupo y caminando descalzos por la arena nos dirigimos al baño. Por el camino íbamos haciendo tonterías. Íbamos riendo cuando de pronto me cogió en brazos. Me pilló por sorpresa y solté un grito. Después me reí.

– ¡Déjame en el suelo que me da miedo! – Le dije riendo. Intenté pelear de broma para que me soltara aunque no demasiado porque en el

fondo no quería escapar.

– ¡De eso nada! Yo te llevo. – Y me cogió más fuerte.

– Te vas a cansar, peso mucho. – Estaba muy cerca de su boca y le miraba los labios mientras hablaba. Quería besarle. Le rodeé el cuello con los brazos. A penas podía controlar lo que decía, estaba embobada mirándole.

– No pesas nada. – Me dijo mirándome a los ojos.

Como no iba a soltarme me acomodé, apoyé mi cabeza en su hombro y dejé que me llevara como una princesa. Tenía su cuello muy cerca y sentía unas ganas enormes de besarle. Cuando giraba la cabeza para hablarme, estaba tan cerca que podía sentir su respiración. ¡Ahora! pensé para mí. ¡Es el momento, tienes que besarle o no tendrás otra oportunidad! Me iba llevando y yo le hablaba para que se acercara, le tenía tan cerca…tan cerca…. pero no me atreví. ¡Arg! ¡No me atreví a darle un beso y ahora ya era demasiado tarde! Me dejó en el suelo y seguimos caminando.

En el baño más próximo había una cola larguísima, así que le dije de ir a otro que había más lejos. Dimos media vuelta para ir hacia allí y continuamos tirándonos en la arena y haciendo tonterías, saltaba encima de él y él me cogía y me tiraba al suelo. Me hacía cosquillas, gritaba, reía, saltaba, corría. Me lo estaba pasando en grande y solo quería una cosa más, besarle por fin y estar con él. Quería que fuese él el que diera el paso porque sabía que tenía ganas y que quería hacerlo pero no se atrevía. Estaba decidida a hacerlo yo en caso de que él no se decidiera. Así que intentando no alargar mas la espera me tiré a la arena boca arriba. Me quedé mirando el cielo otra vez plagado de estrellas y entonces le miré a él. Estaba de pie a mi lado, sin saber muy bien que hacer. Cerré los ojos y estiré los brazos para que se diera cuenta de que no pensaba levantarme aún. Cuando los abrí él estaba sentado a mi lado y me miraba. Yo volví a hacerme la perezosa y así estaba cuando le vi acercando su cara a la mía. Le miré a los ojos mientras lo hacia y después a la boca. Por fin llegaba ese momento, ¡lo estaba haciendo! ¡Él iba a besarme! ¡Después de tantos meses y de tanto tiempo juntos por fin iba a ocurrir! No podía esperar más, cerré los ojos, y cuando estaba a unos centímetros de mis labios, paró. En ese momento volví a abrir los ojos para ver que había pasado. Él seguía allí cerca de mi boca, no se había alejado, me miraba y estaba tanteándome, cuando pensaba que se iba a alejar y que no lo iba a hacer, me besó. Sentí sus labios presionar los míos en un beso que transmitía tantas cosas a la vez, tantas ganas, tanto amor, tanto miedo. Una mezcla de sentimientos. Fue un beso tímido al principio, tierno, con curiosidad, un beso suave, nuestros labios se deslizaban suavemente, se rozaban, pero poco a poco fue volviéndose más salvaje, con más pasión, nuestros cuerpos ya menos tímidos querían más, le

agarré la nuca para que no se fuera y sentí sus manos en mi cintura. Me tocaba el pelo, la cintura, un poco más arriba. Sentía su boca, sus labios, su lengua. Me encantaban sus besos, no podía parar. La arena se escurría debajo de mí, la luna nos miraba y el mar estaba en calma. Estábamos alejados y de vez en cuando oía a alguien pasar, pero nadie nos interrumpió. Hacía tanto tiempo que deseaba esto, que no quería moverme, no quería separarme de él, temía hacer algún movimiento y que él se levantara. Mientras nos estábamos besando y tenía los ojos cerrados, me olvidé de donde estábamos, de a donde íbamos, de quien estaba allí, de mis problemas, de los otros chicos, del pasado, de lo mal que lo había pasado, de Raúl, y de todo. Miquel tenía el don de hacerme olvidar todo, de alejarme de la realidad, de hacerme feliz, quería estar con él costase lo que costase. Después de un rato, bastante largo, conseguimos separar nuestros labios, lo cual no fue tarea fácil, y mirarnos. En ese momento pensé ¿Qué le voy a decir? Que vergüenza, ¿Y si no quiere estar conmigo? Pero fue un pensamiento fugaz porque casi al instante vi su mirada que reflejaba alegría e incertidumbre. Le miré y sonreí, solo se me ocurrió decirle:

– ¿Te ha costado, eh? – Me miró y me volvió a besar. Le agarré del cuello fuertemente y le besé con todas mis ganas.

Capítulo 13

12. Ahora

Prólogo

Estaba estirada de lado en su cama, en posición fetal. Así se sentía más resguardada. Su brazo izquierdo estaba debajo de su cuerpo, y su brazo derecho se abrazaba al oso de peluche gigante que tenía en la cama desde que era pequeña. Había apoyado la cabeza en el gran regazo del oso. Tenía la cara reseca de las lágrimas que le inundaban los ojos y la cara, arruinándole el maquillaje que se había puesto por la mañana para ir a clase. Sentía como si en la cabeza tuviese un gnomo que le daba martillazos contra el cráneo mientras sollozaba escandalosamente, pero no podía parar. Tenía frío, cogió su bata rosa y se la echó por encima. Ahora estaba mejor, aunque el llanto no cesaba. Se preguntaba cómo había podido llegar a esa situación tan penosa; Ella sola llorando en su casa abrazada a su oso blanco y tapada en una bata de franela de color rosa. En un impulso, se levantó y se quitó la bata. Se dirigió al cuarto de baño y se miró en el espejo. Su aspecto era lamentable, tenía la cara hinchada de tanto llorar, los ojos rojos y negros del maquillaje corrido, la nariz hinchada y roja y los labios secos y ásperos, llevaba el pelo recogido en una coleta mal hecha.

Dio un gran suspiro, abrió el grifo y metió la cabeza debajo. Estuvo así un rato, luego cogió una toalla y se secó la cara. El reflejo del espejo le confirmó que había empeorado la situación ya que ahora tenía el maquillaje negro por toda la cara. 'Qué desastre' – pensó-. Lo mejor sería coger una toallita desmaquillante y retirar el maquillaje del todo. Y así lo hizo. Se soltó el pelo y se miró en el espejo. Ahora ya estaba más 'decente'. Se sentó en la taza del váter, se miró otra vez y rompió a llorar. Ahogó el ruido metiendo la cabeza entre sus piernas. ¿Cómo había podido llegar a esa situación? No sabía lo que había pasado. Se sentía impotente, y no sabía qué hacer o decir. Estuvo un rato así, perdida entre pensamientos y lágrimas, y luego se levantó y se dirigió al sofá. Encendió la televisión para ver si había algo que la pudiera distraer, pasaba canal a canal pero ninguno la interesaba. Al final dejó uno al azar e intentó verlo, pero no podía concentrarse. En ese momento alguien llamó a la puerta.

Capitulo 1.

Nora.

Me dio un vuelco el corazón al oír que alguien golpeaba la puerta de entrada. Mi madre estaba trabajando en el hospital, y no volvería hasta las once y media. Todavía eran las ocho, así que era poco probable que fuera ella. De todas maneras, mi madre era una mujer muy organizada y

nunca se dejaba las llaves en casa. Mi padre estaba de viaje de negocios en el centro de Nueva York, se había ido hace tres días dejándonos solas en Plymouth. No me gustaba demasiado quedarme a solas en casa, en el fondo soy bastante miedosa, y me asusto por cualquier ruido. Miré la puerta otra vez preguntándome quien podría ser, no estaba segura de si acercarme o no. '¡Nora, abre! Soy yo'. La voz de Seth se coló por la puerta. Sentí como la ira y la rabia iban creciendo por mi cuerpo, se me aceleró el corazón y sentía un nudo en la garganta que me impedía tragar. Barajé las opciones. ¿Qué estaba haciendo él aquí? No quería verle, no quería oírle, ni quería saber nada de él, para mí todo había acabado. Le había querido mucho, muchísimo, había amado cada mínimo detalle suyo, su pelo rubio, su mirada azul claro, su risa, su manera de andar, las pecas que tenía en la nariz y su lunar en la espalda. Era la persona que más había querido en este mundo y me había fallado. Me había traicionado. Decidí no abrir la puerta así que me acerqué y grité:

– '¡Vete de aquí! ¡No quiero saber nada más de ti!'-

Al oír mi voz él contestó:

– 'Nora, ábreme la puerta, vamos a arreglar las cosas."

– No hay nada que arreglar, Seth, olvídame.- Le dije, y sintiendo las lágrimas caer por mis mejillas, subí las escaleras hacía mi habitación.

Abrí la puerta, y entré en la habitación. Era muy grande, las paredes eran de color rosa, y las cortinas floreadas colgaban hasta el suelo de parqué. En un rincón de la habitación estaba mi piano de cola blanco. En el centro, mi cama de dosel, llena de cojines y peluches. Encima del escritorio había un corcho donde colgaba fotos de mi vida. Tenía una foto de cuando era pequeña con mi madre, llevaba un gorrito y un pequeño bañador, y sonreía a la cámara, sin ninguna dificultad. Quien pudiera volver a esa época. Estaba también la entrada a mi primer concierto de 'Green Day', me acuerdo de cómo tuve que convencer a mis padres, no había manera de que me dejaran ir al concierto con Tanya, así que al final les prometí sacar matrícula de honor en Literatura para poder ir. No cabe duda de que lo conseguí. Era muy tozuda, no paraba hasta que conseguía lo que quería. También tenía una foto con Tanya, mi mejor amiga. Esa foto fue el año pasado, en unas vacaciones a Paris, mis padres me dejaron ir allí con la familia de Tanya una semana entera. Me moría de ganas de ir a París, la ciudad del amor, la ciudad donde tantas parejas soñaban con ir y jurarse amor eterno, a la luz de la luna, en lo alto de la torre Eiffel…Yo también soñaba con eso, salvo que eso ahora era imposible dada mi situación con Seth. Sentí una punzada de rabia en el corazón, así que di un suspiro e intenté calmarme. En mi corcho también tenía varias frases y citas de autores que me gustaban. Desde pequeña mi pasión habían sido los libros, me encantaba la literatura, especialmente las historias de amor, me sumergía en sus páginas y los terminaba muy rápido. Había leído mil

veces clásicos de la literatura inglesa como Orgullo y Prejuicio o Cumbres Borrascosas. Pasé la mirada rápidamente sobre los dibujos y notas que Tanya había colgado en mi corcho, y fijé mis ojos en una foto en concreto. Era de Seth. Éramos Seth y yo. Yo estaba delante de él y él me rodeaba con sus brazos, los dos mirábamos a la cámara y sonreíamos felices. Quien iba a pensar que todo esto iba a acabar así. De un tirón la arranqué del corcho y la giré para leer la inscripción que sabía que había al otro lado de la foto. 'Gracias por regalarme los mejores días, las mejores noches y las mejores sonrisas. Deseo que esto dure para siempre. No te vayas nunca de mi lado. Te Quiero, Nora.'

Que hipócrita. Apreté los dientes dentro de la boca tan fuerte que casi rechinaban, sostuve la foto y la rompí en dos pedazos grandes, y luego en cuatro, y en ocho. Tiré los restos a la basura.

– 'Para siempre'. Susurré.

Recorrí la habitación en busca de más cosas que me recordaran a Seth, regalos, cartas, fotos, lo que fuera. Al momento, tenía metidos en una caja el peluche en forma de osito que decía 'Te quiero', un montón de cartas unidas por un lazo que tenía en la mesita de noche, una vela en forma de corazón rojo de nuestra primera noche juntos, un CD con sus canciones favoritas, un collar con nuestras iniciales inscritas, un anillo con la fecha de nuestro aniversario, y también una de sus camisetas que tenía en mi armario, un par de calcetines, y un perfume que me regaló al volver de París. Seguramente habría más cosas, pero no podía más. No podía seguir recogiendo sus cosas, ni recordando todos los momentos que había pasado con él, cada vez que cogía algo suyo me acordaba de todo, me venía a la mente lo que me había hecho, como había arruinado todo lo que habíamos construido juntos, como había tirado a la basura dos años de mi vida, los que habían sido los dos mejores años de mi vida, como había sido capaz de hacerme algo así. Sentí como las lágrimas se aproximaban a mis ojos otra vez, sentí rabia, ganas de ir a buscarle y gritarle, hacerle pagar todo el sufrimiento que me estaba causando. Sentí lástima por mí misma, y miedo. Miedo a estar sola otra vez, miedo a no poder continuar con mi vida, no sabía cómo iba a seguir adelante con todo esto a mis espaldas, como iba a confiar en otro chico. Había conocido a Seth desde que éramos pequeños, siempre me había acompañado aun cuando no éramos pareja. Siempre había confiado en él y era mutuo, sabíamos lo que pensaba el otro con solo mirarnos a los ojos u oír nuestra voz por teléfono. Si Seth, que había crecido conmigo, y que había sido una parte tan grande de mi vida había sido capaz de hacerme esto, ¿En quién podría confiar? Mientras estos pensamientos cruzaban mi mente, arranqué a llorar, muy fuerte. Me tiré en la cama y lloré y lloré. Lloré hasta quedarme dormida, lloré para desahogarme, para librarme del dolor, para liberarme, lloré porque sabía que ya nada sería igual, por todo el daño que Seth me había causado, por su maldita sonrisa. Porque no podía llamarle y decirle que todo estaba bien, que le perdonaba, porque

no podía hacer como si nada de esto hubiera pasado, porque quería odiarle con toda mi alma, quería gritarle, soltar toda la rabia que tenía dentro, tirarle sus estúpidos 'Te Quiero' a la cara, olvidarme de sus palabras, de la manera en que me tocaba, de todo lo que tuviera que ver con él. Porque deseaba que se alejara de mí, con todas mis fuerzas, deseaba no haberle conocido nunca, y sin embargo, no podía. No podía odiarle, porque en el fondo, no podía negarme que aun le quería.

A la mañana siguiente me levanté sintiéndome vacía. No tenía ganas de hacer nada, solamente quería quedarme en la cama, en pijama y olvidarme del mundo. Me quedé acurrucada en el edredón un rato, con los ojos cerrados. No había dormido bien. Me había despertado varias veces y había soñado que caía por un abismo sin final. Me di la vuelta para intentar volver a dormirme cuando oí la voz de mi madre.

– ¡Nora, levántate! ¡Llegarás tarde a clase!

'Oh no, por favor déjame dormir' pensé metiendo la cabeza debajo de la almohada. Estaba a punto de dormirme otra vez cuando alguien entró a la habitación de sopetón.

– Nora, no te lo voy a repetir más. Levántate, vas a llegar tarde a clase y ya sabes que la señorita McFarley no le gusta que sus alumnos lleguen tarde, ¡te pondrá falta!

Empezó a tirar del edredón hacia abajo, pero yo lo cogí más fuerte.

– Nora, cariño, ¿Te encuentras bien? – La voz de mi madre sonaba alarmada, con un ápice de preocupación.

En ese mismo instante empecé a sentirme mal, mi madre no sabía nada de lo que había ocurrido entre Seth y yo. ¿Cómo iba a explicarle lo que me había hecho? Oh no… eso iba a ser un momento incómodo. Nunca había tenido mucha confianza con mi madre. Era una mujer muy buena, y muy amable, nunca me había tratado mal y la quería mucho, siempre había estado a mi lado, y me había apoyado, pero mi madre era muy conservadora, de las de antes. Ella era de las que pensaban que una mujer tenía que estar con el mismo hombre siempre, y nunca le llevaba la contraria a mi padre, lo que él decía era lo que se hacía. Por eso muchas veces nosotras chocábamos, porque yo tengo otra manera de ver las cosas. Mi padre es un buen hombre, él me entiende de una manera distinta. Pero es muy duro a veces, y bastante conservador. Bueno, él quiere lo mejor para su hija, como es obvio.

– No me encuentro demasiado bien, mamá. Por favor deja que me quedé en casa, puedo llevarle una nota firmada por ti a la señorita

McFarley mañana.

Me di la vuelta y le puse ojos de cordero, esos que las madres no pueden resistir, definitivamente, no quería ir a clase, no quería encontrarme con Seth, y tampoco tenía ganas de encontrarme ni hablar con nadie. Mañana sería un día mejor para enfrentarme al mundo. O eso pensaba yo.

– Nora…Tienes mala cara, y los ojos hinchados, parece que hayas estado llorando. ¿Ha ocurrido algo?

Oh no, ya está ahí ese instinto infalible de las madres. ¿Por qué siempre se dan cuenta de todo? Mi madre me observaba con cautela y su cara era de preocupación. Tenía que contárselo… Pero no tenía el valor suficiente para decirle toda la verdad, no podía, solo de pensarlo ya notaba las lágrimas en los ojos, no podía hablar de ello, aun no.

– Mamá… es que he tenido algunos problemas con Seth. – Miré hacia abajo, no podía hablar de él sin que se me salieran las lágrimas. Mi madre me miró:

– ¡Oh! Vamos, cariño, no pasa nada, no es la primera vez que discutís ¿verdad? Es muy frecuente entre las parejas, no te preocupes…

– No, mamá- La interrumpí. – Pero esta vez es distinta, yo… él… ha terminado, ya nada será como antes, él me ha… verás, no quiero hablar de esto ahora, te lo contaré lo prometo, pero por favor deja que me quedé hoy en casa, no quiero verle, no quiero hablar con él.

Mi madre me puso el pelo detrás de la oreja y me secó las lágrimas con la palma de su mano. Estaba muy suave y olía a crema hidratante.

– Pero cariño, no debes dejar que un chico interfiera en tus estudios, ya hemos hablado de esto…

– Por favor mamá, te prometo que mañana iré a clase, por favor. Llamaré a Tanya para que me explique lo que han hecho, te lo juro.

Ella me miró y frunció el ceño, sabía que no le hacía gracia que faltase a clase. Iba a un instituto concertado, era de los mejores del vecindario, ellos querían que tuviera una buena educación y nada para ellos era suficiente motivo para no asistir a clase. Salvo una enfermedad, claro. Cuando empecé con Seth, al principio su reacción fue mala, me acuerdo que tardé mucho tiempo en contarles que tenía una relación con un chico. Cuando por fin lo solté me dijeron que debía centrarme en estudiar y que ya tendría tiempo de chicos. Me prohibieron salir con él, pero nos veíamos cada día en clase. No pudieron separarnos y al final accedieron a que saliéramos juntos siempre y cuando no bajaran mis notas. Lo bueno fue que conocían a Seth desde que era pequeña, y también a su familia. Eso

lo hizo todo mucho más fácil, ya que Seth tenía una familia muy bien acomodada. Nuestros padres hacían buenas migas, mi padre y el señor Stanley iban juntos a jugar a pádel todos los jueves. Y mi madre quedaba cada sábado para tomar un vermut con la señora Stanley. Así que, todo era perfecto. Y ya se acabó.

Mi madre me miró y al ver que me mordía el labio dijo:

– De acuerdo. Puedes quedarte hoy. Pero llamarás a Tanya y le dirás que te diga lo que han hecho en clase y que te traiga los deberes. Llamaré para decir que estás enferma, pero mañana volverás a clase. ¿Entendido?

Me abalancé sobre ella y la abracé por el cuello.

– Si mamá, gracias. Te prometo que llamaré a Tanya. – La solté y sonreí. Ella me dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta haciendo ruido con los tacones, pero después volvió a entrar.

– Nora, yo ya me voy a trabajar. Cierra la puerta con llave y no abras a nadie. Volveré a las siete.

Asentí con la cabeza y le lancé un beso, ella me lanzó una sonrisa y salió cerrando la puerta tras de sí. Me estiré en la cama y miré el techo. Genial, tenía todo un día entero para mí, y no tendría que hablar con nadie. Entonces me acordé de Tanya y decidí mandarle un SMS:

No me encuentro bien, no iré a clase. Luego te llamo. Un beso. N.

A los dos minutos recibí su contestación:

¡Me dejas sola en clase! ¡No tienes perdón! Recupérate, OK? [□□]T.

Tanya había sido mi amiga desde los doce años. Me conocía mejor que nadie, y siempre estaba ahí para ayudarme. Todavía no le había explicado lo de Seth, pero prefería esperar a mañana, o quizás más tarde, si venía a traerme los deberes. Oí como se cerraba la puerta cuando mi madre salió, así que me levanté y baje al piso de abajo, cogí mis llaves y cerré la puerta. Así me sentía más segura dentro de casa. Seguro que era tan miedosa por culpa de mis padres, siempre me han sobreprotegido, y el hecho de ser hija única les facilitaba mucho la tarea. Volví a subir y me dirigí al baño. Sin mirarme en el espejo, encendí el grifo de la bañera para que saliera el agua caliente, y me quité el pijama. Tenía el pelo enredado, había dormido con un moño mal hecho y ahora eran todo nudos. Intenté desenredármelo, pero me cansé, y al final me metí en la ducha. Mientras el agua caliente caía sobre mí, cerré los ojos, intentando relajarme, suspiré. Estaba pensando en que iba a desayunar cuando me vino la imagen de Seth. Estaba besando a otra chica. No pude más, tragué aire y abrí los ojos, empecé a gritar y a llorar. La rabia que sentía me consumía

por dentro, no podía soportarlo, era demasiado doloroso. Me senté en la bañera y estuve un rato así, hasta que por fin me calmé. Me levanté, cerré el grifo, y salí. Me envolví en una toalla, y me sequé. Cuando estuve seca, me envolví el pelo en una toalla, y abrí mi armario. Me decanté por unas mallas negras y una sudadera gris en la cual se podía leer 'Oxford University'. Me la compré allí cuando fui de viaje con mis padres. Bajé a la cocina, abrí la nevera y cogí en cartón de leche. Me serví un poco en un vaso y la metí en el microondas. Cuando este hizo 'beep' lo cogí y me lo llevé al sofá. Encendí la televisión e hice un poco de zapping. Pero no hacían nada. Deje el vaso en la mesa de cristal y subí a mi habitación a por un libro. Cogí Cumbres Borrascosas y lo abrí en mi parte favorita. La releí varias veces, cuando de pronto, me asustó la vibración del móvil sobre la mesa de cristal. Derramé un poco de leche en el sofá. 'Mierda, mi madre me matará.' Fui a por un trapo y lo sequé mientras con la otra mano cogía el móvil para ver quién me había llamado. Era un mensaje. Pensé que sería Tanya preguntándome si estaba mejor, pero el nombre que vi en mi pantalla no fue Tanya. Si no Seth. ¿Qué quería él ahora? Pensé en borrarlo sin leerlo, pero la curiosidad me mataba. 'Bórralo, Nora, bórralo…' Pero no pude, ignoré a mi subconsciente y abrí el mensaje.

'Nora, tenemos que hablar. Esto es un error, estoy muy arrepentido. Por favor, te quiero. S.'

Tiré el móvil al otro sofá. ¿Qué teníamos que hablar? No había nada que hablar, ya estaba todo dicho. Se había pasado de la raya. Yo no podía aguantar esto. ¿Qué me quería? Eso solo eran palabras vacías. Una persona que quiere a otra no la engaña, no la miente. Yo no lo hice, yo nunca sería capaz de hacerle eso a nadie. Decidí dejar el móvil en la habitación y no mirarlo en todo el día. Tenía que desconectar. Subí a mi habitación y metí el móvil en el cajón de la ropa interior. Me puse a ordenar el armario por los colores de las prendas. Primero el negro, el marrón, el naranja, el rojo, el verde, el azul, el rosa y el blanco. Así, primero las camisetas de manga larga, luego las de manga corta y después los pantalones. Cuando terminé ya eran las tres de la tarde, así que decidí llamar a Tanya.

– ¡Hola! ¿Cómo estás? – Me dijo su voz desde el otro lado del teléfono.

– Hola Ta, bueno, ya me encuentro algo mejor. – Mentí.

– Me alegro de oír eso, me has tenido toda la mañana preocupada, no contestabas mis mensajes. – La noté alterada-

– Ah, si… Verás es que no tenía ganas de hablar, lo dejé en un cajón… Oye, tengo que explicarte algo. Mi madre llega a las siete. ¿Te apetece

venir a comer? Puedo preparar unos macarrones o algo.

– Claro, eso suena genial, iré a por el coche y en diez minutos estoy allí. ¡Hasta ahora!– Y colgó.

Bueno, así al menos tendría algo que hacer. Bajé a la cocina y saqué la pasta del armario. Cogí una olla con agua y la puse en el fogón. Abrí otro armario y saqué una sartén. Puse un poco de aceite en ella y saqué tomates y cebolla. Cogí una salchicha de cerdo de la nevera y empecé a cortarla. Cuando el agua de la olla empezó a hervir, metí la pasta. En ese momento sonó el timbre. 'Debe ser Tanya' Fui a abrir.

– ¿Cómo está mi Nora? – Tanya entró y me abrazó. Yo sonreí, aunque me salió una mueca extraña.

– Hola, bueno, digamos que no es mi mejor día. Ven, estoy preparando los macarrones. – Me siguió a la cocina.

– Hmmm, huele genial. Ah, te he traído los deberes, hay un ejercicio de matemáticas y tenemos que hacer un resumen de un poema para literatura. Que rollo, la señorita McFarley siempre nos pone deberes.

Ya en la cocina, saqué la tabla de cortar y cogí una cebolla para el sofrito. Tanya sacó la pasta, tirando el agua en el fregadero.

– Oye, aún no me has dicho que te pasaba, sonabas muy deprimida por teléfono. ¿Va todo bien?

Intenté no mirarla a la cara, ya que estaba muy sensible y no quería llorar. Sabía que si lloraba ella también lloraría. Empecé a cortar la cebolla.

– Verás, ha ocurrido algo entre Seth y yo. – Seguía sin mirarla.-

– Cuéntamelo, Nora. Puedes desahogarte conmigo. – Se acercó a mí y me miro a la cara. – ¿Estás llorando? ¡Nora! ¿Qué te ha hecho ese imbécil? – Me di la vuelta y ella me abrazó, no pude contener las lágrimas y lloré en su hombro. Ella esperó hasta que me calmé y me senté en una silla.

– Espera, acabaré de hacer el sofrito.- Acabó de preparar los macarrones y los sirvió en dos platos.

– Ha sido horrible, Tanya. Él… y yo… hemos terminado.

Ella abrió mucho los ojos, y abrió la boca. Antes de que dijera nada decidí

contarle la historia.

– No te había contado nada porque no quería preocuparte, no quería oír el típico rollo de 'Nora, esto es muy raro, deberías hablar con él.' Estaba muerta de miedo, -Empecé- Hace unas semanas que le notaba raro, no sé, parecía que nunca tenía ganas de hacer nada conmigo y yo no sabía porque, pensaba que iba a dejarme, que ya no sentía nada por mí. Estaba preocupada, pero no me atreví a decirle nada. Un día estábamos en un bar, habíamos ido a tomar algo y él fue al baño. Se dejó el móvil en la mesa y lo cogí. No sé porque pero miré los mensajes. – Se me quebró la voz.- Perdona. – Tragué saliva y continué- Entonces vi uno que no tenía número. Lo abrí. Ponía: 'Tengo muchas ganas de verte, no puedo esperar más, mañana a las diez estaré en tu casa, no hagas planes.' – Tanya me interrumpió-

– ¡Voy a matar a ese pedazo de carne con piernas! Nora, no me dirás que él… ¿Qué esta con otra?– Estaba muy agitada, casi se levanta del asiento.

– Déjame acabar Tanya, te lo contaré una vez y después lo guardaré en algún sitio de mi cabeza donde no pueda encontrarlo nunca más.

– De acuerdo, continúa… – Ella me miró con el ceño fruncido y se mordió el labio.

– Él volvió del baño, y yo deje el móvil donde estaba. Me quedé petrificada, pero no le dije nada. Pensé que debía ser un malentendido, que él no podía ser el destinatario de ese mensaje. No quería creerlo. Intenté que no me notara nada y decidí que al día siguiente a las diez y media me presentaría en su casa para comprobar que estaba solo… Y así lo hice. Él me había dicho que su madre iba a tener invitados y que no podríamos quedar. Llamé a la puerta. Tardó un rato en abrir. Se quedó blanco al verme. Iba vestido pero llevaba el botón de arriba de la camisa abierto y el pelo agitado. Tampoco llevaba cinturón e iba descalzo. Le pregunté que donde estaba su madre, y me contestó que al final habían decidido ir a un restaurante. Inmediatamente me dirigí a su habitación, y abrí la puerta. – Me cayó una lágrima en la mejilla otra vez, y tragué saliva. Tanya me cogió de la mano. –

– Había una chica en su cama. Iba en ropa interior y su vestido estaba en el suelo junto a sus zapatos de cuña…- Miré hacia el techo-.

– Nora… -Empezó a decir Tanya.-

– Entonces… – continué- me giré para mirarle, él no sabía que decirme, estaba pálido y nervioso. Intentó decirme algo pero yo me fui de allí. No podía ni quería escuchar nada de lo que tuviera que decirme. – Me

sequé la cara con una servilleta. 'No llores más, Nora.' Me dije.

– Ven aquí… – Tanya me abrazó muy fuerte, y yo cerré los ojos, que se volvieron a inundar de lágrimas.

Capitulo 2

Hayden

Tenía tendencia a meterme en líos. No sabía por qué. Hay gente que atrae los conflictos. Quizás era por mi apariencia, quizás por eso la gente me tenía miedo. Solía ser un chico normal, que iba a la escuela, estudioso, con sus amigos de toda la vida. Supongo que la vida me ha hecho ser como soy ahora. No lo hago queriendo, es solo que así me siento más seguro. No dejo que nadie vea como soy en realidad, me gusta que me tengan miedo, que me teman. Así nadie me hará daño.

Hacía frío en la calle, el cielo estaba nublado y amenazaba con llover. Iba de camino a casa de Rob. Por la calle no había ni un alma. Estaba todo gris y bastante oscuro. Rob vivía en uno de los barrios más pobres de Plymouth. No me gustaba venir caminando hasta aquí, de vez en cuando te encontrabas a algún vagabundo pidiendo limosna o a algún tipo de yonki que te amenazaba con una botella de alcohol vacía en la mano. Normalmente no se acercaban a mí, solo me observaban en silencio, soplándose las manos para protegerse del frio. Hubiera venido en moto pero seguía en el taller desde que algún desgraciado me pinchó las ruedas el otro día.

Crucé la calle y me acerqué al portal de Rob. El número 22. Se trataba de un edificio viejo, de color gris amarillento. Iba a llamar al timbre cuando vi que Rob se aproximaba por la puerta de cristal.

– Eh, llegas pronto, pensaba que llegarías tarde, como aun no tienes la moto. – Rob me tendió la mano y yo se la estreché.

– Sí, me apetecía dar una vuelta y he decidido salir un poco antes. – Rob me miró y asintió.

– ¿Te apetece ir al bar de Joe un rato? Podemos tomar una cerveza y jugar al billar.

– Claro, Aunque, ¿No estás cansado de perder? – Le guiñé un ojo y Rob rio.

– ¡Esta vez pienso ganar! ¡Me apuesto cinco pavos a que gano!

Abrí los ojos sorprendido:

– Vaya, vaya… Rob está muy seguro de sí mismo esta vez… De acuerdo! ¡Pero luego no me pidas que te los devuelva!

Subimos al coche de Rob, era un viejo Ford que le había comprado a un vecino por poco más de quinientos, la chapa estaba oxidada por algunas partes y la pintura estaba ya muy descolorida, no era un coche muy seguro. Pero hacía la función. Rob arrancó el coche y nos dirigimos al centro, a la calle Mayson, donde se encontraba el bar que solíamos frecuentar. Se llamaba Hats&Boots. Era un bar que llevaba muchos años allí, no estaba en muy buenas condiciones, pero era familiar, y Joe, el jefe, ya nos conocía de hace tiempo. Al abrir la puerta nos miró y nos dijo:

– ¿Qué será, chicos? ¿Lo mismo de siempre? – Abrió la nevera que tenía debajo del mostrador y nos enseñó dos cervezas.

– Eso es, Joe. ¡Gracias! – Le guiñé un ojo y nos sentamos en la mesa de siempre, en un rincón al lado de una ventana, en seguida, Joe abrió las cervezas y nos las dejó en la mesa, junto a un plato de pistachos.

Rob dio un gran trago a su cerveza y después se metió en la boca un pistacho del plato que nos había traído Joe.

– Eh! ¿Has descubierto ya quien fue el que te pinchó las ruedas?

Bufé y asentí con la cabeza.

– Pues si… Conseguí convencer a Stacey para que me lo dijera…

Rob dio un grito y empezó a reír a carcajadas:

– ¡Oh si! ¡Stacey! Tu sí que sabes campeón… ¿la sedujiste para que confesará con tus artes de chico duro?

Stacey era una chica de mi clase, la conocía de hace muchos años, la verdad es que siempre había ido detrás mío… pero nunca me había gustado. Era muy guapa, morena, con el pelo largo y liso y tenía los ojos azules. Pero nunca la había visto como nada más que una amiga. Sí, alguna vez había pasado algo entre ella y yo, besos y alguna noche más acalorada, pero ella sabía que nunca significaría nada más para mí. Nada más que una amiga. Alguna vez me había sentido mal, como si jugara con ella, pero la verdad es que a ella le encantaba, ella sabía que yo no quería nada más de ella, y lo aceptaba.

– Ya sabes, no es la primera vez que Stacey y yo… bueno, intercambiamos intereses. – Levanté las cejas y le di un trago a mi

cerveza.

– Así que, ¿después de vuestro encuentro te dijo quien fue? – Rob no podía ocultar su interés, le gustaba saberlo todo.

– Bueno, digamos que aproveché el momento para hacerle alguna pregunta.

– ¿Y bien? – Rob estaba casi encima de la mesa y cada vez se acercaba más a mí como si estuviéramos compartiendo un secreto que nadie más debía saber.

– Cálmate, no quiero que lo sepa todo el mundo.

– No diré nada, Hay. Soy una tumba. – Suplicaba con la mirada que se lo dijera.

– Está bien, como sospechaba, fue Clayhead, Josh Clayhead.

– ¿Ese canalla? ¿Qué le pasa a ese tío? ¿Acaso no asimila que Stacey no quiere verle ni en pintura? Es un pijo, tío. Stacey nunca se fijaría en él. – dijo Rob.

– Ya sabes, siempre ha sido muy competitivo conmigo. Supongo que cuando Stacey le dio calabazas, la cogió conmigo y quiso vengarse.

– ¿Y qué vas a hacer? – Me preguntó Rob con rabia en la voz.

– No lo sé todavía, le quiero pillar por sorpresa en clase, ya sabes sin que sospeche nada.

– Yo te ayudo, siempre me ha caído mal, con sus polos de Tommy Hilfiger y los náuticos que le regaló su papi.

Reí por como hablaba Rob, era muy buen amigo, siempre habíamos estado juntos, y para mí era como mi hermano. Compartíamos todo y siempre había estado ahí cuando todo se fue a la mierda. Yo haría cualquier cosa por él, le defendería sin dudarlo. Y sabía que él también lo haría por mí. Con lo de Josh, no era difícil de imaginar. A todo el mundo le caía mal Josh Clayhead. Era el típico listo, el que lo sabe todo. Tenía que estar muy enfadado para pincharme las ruedas, sabiendo que no me importa meterme en líos. Tenía agallas.

– No, Rob. No quiero que des la cara por mí, no quiero que te metas en problemas. – Le di un sorbo a mi cerveza.

– Pero, Hay, tenemos que darle una lección a ese tío. No puede irse

de rositas. – Pegó un golpe en la mesa.

– Sí, lo haré yo. Pensaré algo. No te preocupes, está todo bien.

No sin rechistar al final dejó el tema de lado, sabía que no podría hacer nada. Estuvimos un rato en el bar, jugamos una partida al billar y esta vez ganó él, así que le di cinco pavos. Rob estaba eufórico, casi nunca ganaba. '¡Tenía que haber apostado más!' decía todo el rato. Lo pasamos bien, me olvidé un poco de todo y volvimos al coche.

– Bueno, te dejo en casa. Mañana otra vez a la jaula.

Le miré y sonreí. El instituto para Rob era una jaula, nunca le había gustado estudiar e iba justo en la mayoría de asignaturas. A mí en cambio, no me costaba estudiar, no es que me gustará, pero tenía que hacerlo. Quería saber de todo, y labrarme un buen futuro, también me gustaba mucho leer. Cualquier cosa.

Rob me dejó en casa y se fue con su Ford calle arriba. Había luz en el comedor, abrí la puerta y entré. Mi madre estaba viendo la televisión en el sofá, en el canal de cocina. Estaban preparando una especie de pastel de arándanos. No me gustaban los arándanos. Se giró al oír la puerta de entrada.

– Hola, que pronto has llegado. ¿Cómo estás? – Tenía cara de cansada y el pelo alborotado, fumaba un cigarro.

– Bien, he ido con Rob al Hats&Boots. ¿Cómo te ha ido a ti? – Me senté a su lado en el sofá.

– Bueno, hoy me ha tocado hablar, ha sido difícil. Pero ha ido bien, creo que estoy haciendo avances. – Sonrió y me tocó la cara.

– Eso está muy bien. – Giré la cara para deshacerme de su caricia. – ¿Dónde está Michel?

– Esta durmiendo, estaba muy cansado del colegio el pobre.

– Voy a darle un beso, y yo también me iré a dormir. Mañana hay clase.

– Claro hijo, buenas noches. Descansa.

Me levanté y le di un beso en la mejilla. 'Buenas noches, mamá' le susurré. No me sentía muy cómodo alrededor de mi madre. Sabía que había hecho progresos, pero la veía tan mal, tan dejada y agotada. No era la misma. Me costaba verla así. Pasé por la cocina y abrí la nevera, cogí un yogurt natural y me lo comí en dos minutos, no había cenado, pero no

quería irme a dormir con el estómago vacío. Tiré el envase vació a la basura y subí las escaleras. Abrí la puerta de la habitación de Michel. Estaba durmiendo en su cama, estaba boca arriba y se había destapado. Tenía un pie fuera de la colcha y le colgaba a un lado de la cama. Le tapé el pie y me agaché para darle un beso en la mejilla. Le acaricie el pelo y salí de la habitación.

Ya en la mía, me quité los zapatos, y me desvestí, me puse el pantalón del pijama y me metí en la cama. Tenía un presentimiento de que algo iba a pasar mañana, sabía lo que iba a hacer y sabía lo que iba a pasar con Josh Clayhead, pero había algo más. Tenía una corazonada de que era lo correcto hacer. Creía en el destino, y sabía que mi destino era ese. Sería un nuevo comienzo. Una nueva oportunidad.

***

El despertador sonó a las siete y media de la mañana, me giré y le di un manotazo. Me tapé la cabeza con las sabanas y abrí los ojos. No podía llegar tarde. Me levanté y estiré los brazos. Con los pies descalzos me dirigí al baño y me metí en la ducha, el agua estaba helada. Salí de la ducha y me sequé. Me puse un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca. Me calcé las típicas bambas de la marca Adidas que tenía de hace años, fueron un regalo de Rob. Sabía cuánto me gustaban y estuvo ahorrando para poder comprármelas. Cogí una gorra del armario y me la puse hacía atrás ya que no tenía ganas de peinarme. Me colgué la mochila a un hombro y bajé las escaleras. Olía a tostadas recién hechas, tiré la mochila en el suelo y vi a Michel sentado en la mesa desayunando un vaso de leche con cacao. Mi madre estaba sacando las tostadas de la tostadora y untándolas en mantequilla.

– Buenos días – les dije. Le di un beso en la mejilla a mi madre y le revolví el pelo a mi hermano, que gritó y se rió.

– ¿Qué tal, peque? ¿Has dormido bien? – Le pregunté a Michel.

– ¡Como un bebé! – Respondió él.

Sonreí. Michel tenía diez años. Era mi hermanastro. Mi madre había tenido una aventura poco después de que muriera mi padre. Se quedó embarazada. Su novio no quiso saber nada de niño así que se fue. Michel solo nos tenía a nosotros. No teníamos padre. Me sentía muy protector con él. Siempre le había cuidado y no dejaría que nada le pasará. Había tenido una infancia difícil, más que la mía. Ya que no había tenido el apoyo de mi madre debido a su situación, Michel se apoyaba mucho en mí. Yo le cuidaba.

– Venga, acabaros el desayuno, que llegareis tarde. Hayden, cielo, ya sabes que no puedo conducir, y ya que no tienes moto, tendréis que coger

el bus… pasa en diez minutos así que daros prisa.

Asentí sin mirarla. Mi madre no podía conducir. Le quitaron la licencia una de las veces que la encontraron conduciendo borracha. Acabamos de desayunar y retiré los platos. Cogí mi mochila y ayudé a Michel a ponerse la suya. Nos despedimos de mi madre que nos dijo ‘¡Que tengáis un buen día!’ y fuimos a la parada del bus. Por suerte, llegó puntual y llegamos al colegio a tiempo. En la puerta me despedí de Michel que me dio un beso en la mejilla, él entraba por otra puerta, y me quedé mirando como entraba.

Entré en el instituto y fui a mi taquilla, puse la combinación y dejé los libros que no necesitaba. Al cerrarla, levanté la vista y vi un montón de gente en el pasillo que se dirigía a sus clases. Me puse a caminar y miré el móvil. No tenía mensajes de Rob así que esperaba verlo en clase. Miré al frente y vi una chica cabizbaja. Tenía el pelo rubio e iba con una amiga que la cogía del brazo. La chica rubia levantó la vista y le sonrió a su amiga. Un segundo después me miró a mí, que estaba unos metros más adelante. La miré fijamente y ella me miró a mí. Había algo en su mirada que hacía que no pudiera apartar mi vista de ella. Nos miramos lo que a mí me pareció una eternidad, pero después ella giró la cara y miró a su amiga. Pasé a su lado, pero ella no volvió a mirarme. Entré a mi clase, no sin antes girarme a mirarla una vez más, pero giró la esquina y la perdí de vista. En la clase, vi a Stacey que me saludó con la mano desde su pupitre. Levanté la cabeza a modo de saludo y me senté en mi sitio. Busqué a Josh Clayhead, y lo vi hablando con otro chico de clase. No había rastro de Rob. El señor Houson entró y empezó la clase. La hora se me hizo eterna. Tomé apuntes, pero no estaba muy concentrado. Mi mente era una mezcla. No podía parar de pensar en la chica rubia. ¿Por qué estaría tan triste? Y ¿Cómo es que nunca antes la había visto por aquí? Estaba confuso, me había prendado de sus ojos, parecía que quería decirme algo. Sonó el timbre y salimos de la clase. Vi que Stacey venía hacía mí, no quería habar con ella. Tenía que hacerlo ahora o nunca, Josh estaba en su taquilla solo, miraba al frente y no parecía preocupado. Me acerqué a él.

– Eh, Josh. – Le dije apoyándome en la taquilla que estaba a su lado. Él me miró dudoso, pero al final me dijo:

– Ah… hola, Hayden ¿Qué hay? – Tenía miedo. No podía ocultarlo.

– Pues bien… Ya sabes… Como siempre.

Miró a un lado.

– Oh, eso es genial, me alegro mucho. Si me disculpas, la clase está a

punto de empezar… – Intentó irse, pero le llamé.

– ¡Espera! Oye, ¿sabes que alguien me pinchó las ruedas de la moto?

– Había oído algo, pero no sé quien… si es… eso lo que… querías…

– No te hagas el tonto, sé que fuiste tú. Alguien me lo dijo.

Abrió mucho los ojos como si no se esperase que le dijera eso. Entonces, en un arranque de valentía dijo:

– Bueno, sí. Fui yo. ¿Algún problema? Stacey me contó lo que le hiciste. No merece que la trates así, ¡tienes que dejarla en paz!

– Yo no le he hecho nada a Stacey. Nada que ella no quisiera.

– ¡Tú abusas de ella cada vez que se te antoja! – Me chilló. Todo el mundo nos miraba.

– Serás capullo, ¿Cómo te atreves a insinuar algo así? ¡Yo no la obligo a hacer nada! – Me contuve por no darle un puñetazo, era más bajito que yo. Sabía que podía vencerle.

– ¡Oh, sí! ¡Sí que lo haces! – Entonces él vino hacía mi con fuerza y de un empujón me tiró al suelo.

No pude contenerme más. Notaba como la rabia iba aumentando dentro de mí. Me levanté y cogiéndolo del cuello de su camisa Dolce&Gabanna le pegué un puñetazo que le dio en la mandíbula. Él se rebotó pero no consiguió darme. Caímos al suelo y me dio una patada en la espinilla. Se había formado un corrillo a nuestro alrededor y oí que el Señor Houson se acercaba gritando ‘Dejen paso, dejarme pasar’. Nos separó con la ayuda de otros alumnos y nos mandó al despacho del director.

Capítulo 14

13. Clover

I took a deep breath, I was exhausted after training for three hours, but that was not enough for me, I wanted to train more and more, I wanted to win the competition on Saturday. Ever since I was little I had always dreamed of becoming a successful ballet dancer, but I knew that was hard work. I was not going to surrender, though, after all these years dancing… I had always loved dancing, and I had won different prizes throughout the years. The first one was when I was seven. My mother had enrolled me in my first competition two years after I had started my dancing lessons. I don't remember much of it but I do remember the nerves I felt when I stepped in the stage, and the feeling of grabbing my first award ever. It wasn't very big, just a golden cup with a little ballerina in the base, but for me it was a big deal.

Unfortunately, ballet dancing is not considered an Olympic sport, and that would be my biggest dream. Anyway, I really loved ballet dancing and for me it was the most enjoyable sport of all times. I was confident that I could win the competition, I had already prepared the music, the ballet clothes and the choreography, but I was so nervous that I could not sleep at nights, and I felt like I would forget all the moves once the competition started. This event was very important for me.

While I was taking a break, I walked towards the school gym's window. A lot of people were outside practicing all kinds of sports. I could see the football team scoring goals. Some cheerleaders near them were shaking their pom-pons, some runners stretching out their legs. Everyone in the school was getting ready for this year's competition. The school organized these activities every year. It was a way of promoting our school's name since everyone in the city talked about this competition and it was also a way of teaching pupils and parents the importance of sport in our lives to have and promote a healthy life style.

I decided to go outside and sit down in the grandstand to observe the people and get some rest. A long distance race was about to start and I could not help but laying my eyes on one of the runners that was competing. He was dark-haired and very athletic. I could not stop staring at him, something about him really called my attention, he looked focused on the race, but suddenly, he turned his head and stared back at me. Directly into my eyes. I felt my cheeks blush and then, someone screamed 'GO!' and the race started.

The boy started running, I had the feeling that I had distracted him with my looks and I felt bad about it. The boy was not doing very well, he was in the fourth position and he looked upset. He was already sweating and

he started running faster and faster. For some reason, I really wanted the boy to win the race, I found myself focusing on the race and thinking 'you can do it, you can do it'. I did not know the name of the boy but Ithought that he deserved to win. I took my good-luck charm out of my pocket and clenched my fist around it. It was a little green clover that my grandmother had given me in my first ballet competition and it had really helped me win, I thought. 'C'mon, you can do it' I thought to myself. The boy overtook one of the runners. Now he was in third position. There were five more laps to finish the long-distance race. The boy that was wining was really moving fast. He was determined to win. The boy then, stated running faster and he was in second position. I thought that maybe he was trying to keep his energy for the home stretch which was already taking place. It was the final lap and he was second still. The winner looked very tired and slowed down a little bit, and then the boy took advantage of the situation and overtook the winner. The finish line was near, he did the last effort and he passed through it.

I realised that I had been holding my breath and I released it when I saw the boy winning. He was really good and I hoped he could win the final race on Saturday. Before heading back to the gym, I had a last look at him and I saw the boy staring at me again. 'Why is he looking at me?' I blushed again and turned my head over. That boy really caught my attention, and for a moment I thought he was smiling at me. 'Katie, you are dreaming' I thought to myself. Then, I headed back to the gym, lost in my thoughts and imagining myself wining the competition as well.

Next day, I woke up, had breakfast and went towards the gym again. It was Friday and I had not slept. It was only one more day until the competition. I was very nervous, I needed to calm down, I could do it, and I really thought I could win, but I was so insecure. In the changing room, I dressed up for my practice, I got into my leotards and tutu, and I wore my ballet shoes, they were worn out. My feet were hurting from the practices and a massage would have been well received. I looked for something in my pocket but I did not find my good-luck charm. '¿Where is it?' I thought. I got really worried, I could not dance without my charm, I needed it, it gave me good luck, I thought I would lose without it, I was really scared thinking I may have lost it. But, ¿how? I looked for it in my bag, in all ofMY pockets, in my wallet, on the floor, it was not anywhere. Then, I suddenly realized that I had it yesterday in the grandstand when I was looking at that boy running. 'It must have fallen there!' I thought.

I kept all of my clothes in my sport bag and headed towards the door. I grabbed the door knob and opened the door. I could not believe my eyes, the long-distance runner was there in the gym, he was standing there looking at me. 'Oh my god, what is he doing here?' I was petrified when the boy turned over and smiled at me. He took some steps and moved

towards me.

‘Hey, umm… I’m James. I’m sorry to disturb you. Umm I saw you yesterday in the grandstand.’ He was talking to me. I thought she was dreaming. ‘Say something’ I thought, but my mouth did not move. ‘Are you OK?’ James asked.

‘Oh, yes! I’m sorry, I thought I was alone here.’ Katie, that was not the best thing to say. The boy was staring at me into my eyes, and that made me feel really shy.

‘Um… I just wanted to give you something, I think it belongs to you’ He emptied his pocket and showed me something small. My good-luck charm.

I opened my mouth in surprise and glanced at him. He smiled.

‘Oh, I thought I had lost it… Thank you very much… how did you find it?’ I asked bewildered.

‘It was on the floor… in the grandstand.’ I could not stop looking at his cheek’s dimple.

‘You just saved me… I was so worried that I would lose tomorrow’s competition without it’. I was so thankful I wanted to hug him but I definitely did not want to risk it.

‘You don’t need it to win. I have seen you dancing… sometimes at the gym, and you’re so good. You will win for sure’. He winked an eye and I could not help but looking to the floor and bite my thumb’s nail.

‘Oh, have you? That’s so sweet… I appreciate it, thank you’. He looked at me waiting that I add something else; I wanted to say something so that he wouldn’t go away, so I added: ‘You are very good as well, I saw you running, umm… the other day, and I knew you would win.’ I stared back to the floor.

‘Maybe someone was sending me good vibes far away’. He was making me really nervous and I think he noticed because he laughed and said: ‘Well, I should get going. I will see you tomorrow. Good luck.’ He took my hand and gave me the good-luck charm. I closed my fingers around it and looked at him. Without giving me a chance to answer him back, he went away. I melted right there.

***

The school stadium was full of people, there was music playing from the speakers all over the campus. People were eating hot dogs and drinking

cola. Families, friends, teachers, everyone was waiting for the competitions to start. Birds were singing, it was such a beautiful summer day; you could breathe the sportive environment all over.

I was so nervous, I was not sure if it was because of the competition or because that boy had spoken to me and I was looking for him everywhere, unaware that the competition was about to start and I was so unfocused. I caught a glance of him talking with some of his friends; he looked confident and quite cheerful.

I went to the gym and practiced my choreography one more time. The rest of the girls in the gym were also practicing their moves before the competition, and some teachers and parents were looking at us. My parents were standing in the hall, waiting for me to be called in to dance. The dancing competition started. The school had prepared a stage in the gym where we were going to dance. I was in the backstage listening the music from other girl's choreographies. I tried not to think about anything but my thoughts were going towards James, I wondered if he would be outside there in the grandstand looking at me while I danced.

'Thank you very much, Leslie. Next dancer is our student Katie Withman, please delight us with you choreography.' I heard people clapping outside. I took a deep breath and I walked towards the stage. The gym was full of people, I saw my parents and family, I smiled at them, and then I saw James with his friends at the back, I think he waved at me but I am not sure because I closed my eyes when the music started playing. Without thinking, my body started moving, my heart beat slowed down and I relaxed while I performed my dance. It went by so fast, and I think I did quite well. When I finished I took a deep breath and smiled. Everyone stood up and clapped very hard. Then the spokesman approached and told me:

'A very beautiful performance, Katie, as always, thank you very much.' Everyone clapped.

I saw the rest of the competition alone in the backstage and then when it finished I listened with attention at the release of the winners names. Third position was for Lizzie Travis, second position for Sarah Thomas. And then for the winner, the spokesman made us all get in the stage, we held our hands together.

'And the first position on this year's ballet competition is for…. Katie Withman!

***

I was outside in the grandstand and the long-distance race had just taken place. James had won the first prize and he was so happy, I was thrilled

as well after winning the competition all of my efforts had been worth it. I was with some friends, I had not spoken with James but we had interchanged some looks throughout the event. I went to drink some cola when someone tapped my shoulder. It was James with a big smile on his face. He was glowing.

'Hey, Katie! Congratulations on your first position, I knew you would do it.' He said to me.

'Oh hey, James! Thank you… I… congrats to you as well, you won!' I looked at him, he looked tired but full of energy.

'Yes, fortunately' He passed his fingers through his hair. 'I wanted to show you something' he said suddenly. Then, he took something off his pocket. 'Look'. It was a charm very similar to mine, it was a necklace and it was a clover just like mine. 'It gave me good luck'. He said.

'Where did you get it?' I asked to him very surprised, I had never seen another one as mine.

'Well, in fact, it has always been with me… My father gave it to me when I was five, and I have kept it with me ever since.' He looked serious now.

'That's such a coincidence… I got mine…' I was interrupted by him. 'Iknow, I know… maybe it's destiny'. He answered. I blushed and curled my hair with a finger.

'Look, I wanted to know if you… Well… Would you like to go out for dinner some day?' He proposed. He seemed relieved now that he had said it. I was petrified, I was not expecting something like that and I said:

'Of course I would…' He smiled and he approached me. Then, suddenly he hugged me. For a moment, I did not know what to do, he was so close and I wanted to stay like this forever. I closed my arms around his back.

'Our good-luck charms brought us together' and he squeezed my body against him. There is no other place I'd rather be.